

ORAR CON LA IGLESIA 2008

Edición especial de ORACION Y SERVICIO

Julio - Septiembre 2007

N. 3

PRESENTACION

El Santo Padre Benedicto XVI nos invita a que unamos nuestra oración apostólica a la del Corazón de Cristo quien se ofrece al Padre por toda la humanidad. El Papa ha repetido esta invitación explícitamente en tres de sus documentos: en su Encíclica "Deus caritas est", en su carta para el cincuentenario de la "Haurietis aquas" y en su mensaje para la cuaresma de este año, 2007.

"El sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que El, por la acción de los Apóstoles, guió el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que El se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. El nos amó primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor" (DCE, 17).

El 15 de mayo de 2006, en su carta sobre el cincuentenario de la Encíclica *Haurietis aquas* dice: "El culto del amor que se hace visible en el misterio de la cruz, actualizado en toda celebración eucarística, constituye el fundamento para poder convertirnos en personas capaces de amar y entregarnos (cfr *Haurietis aquas*, 69), siendo instrumentos en las manos de Cristo: sólo así se puede ser heraldos creíbles de su amor. Sin embargo, esta disponibilidad a la voluntad de Dios debe renovarse en todo momento: "El amor nunca se da por 'concluido' y completado (cfr Enc. *Deus caritas est*, 17).

Y la invitación se repite en el "Mensaje del Santo Padre para la Cuaresma 2007, '*Mirarán al que traspasaron*' (Jn 19,37)".

"La Cuaresma es un tiempo propicio para aprender a permanecer con María y Juan, el discípulo predilecto, junto a Aquel que en la cruz consume el sacrificio de su vida por toda la humanidad (cf. Jn 19,25). Por tanto, con una atención más viva, dirijamos nuestra mirada, en este tiempo de penitencia y de oración, a Cristo crucificado que, muriendo en el Calvario, nos reveló plenamente el amor de Dios."

Y, un poco más adelante: "Jesús dijo: "Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí (Jn 12,32). La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por él. Sin embargo, aceptar su amor no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás: Cristo 'me atrae hacia sí' para unirse a mí, a fin de que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor."

"Sangre y agua"

"Mirarán al que traspasaron'. Miremos con confianza el costado traspasado de Jesús, del que salió 'sangre y agua' (Jn 19,34). Los Padres de la Iglesia consideraron estos elementos como símbolos de los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía. Con el agua del bautismo, gracias a la acción del Espíritu Santo, se nos revela la intimidad del amor trinitario. En el camino cuaresmal, recordando nuestro bautismo, se nos exhorta a salir de nosotros mismos para abrirnos, con un abandono confiado, al abrazo misericordioso del Padre (cf. san Juan Crisóstomo, *Catequesis*, 3,14 ss.). La sangre, símbolo del amor del buen Pastor, llega a nosotros especialmente en el misterio eucarístico: 'La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús (...); nos implicamos en la dinámica de su entrega' (*Deus caritas est*,13).

Vivamos, pues, la Cuaresma como un tiempo 'eucarístico', en el que, aceptando el amor de Jesús, aprendamos a difundirlo a nuestro alrededor con cada gesto y cada palabra. De ese modo, contemplar 'al que traspasaron' nos llevará a abrir el corazón a los demás, reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; y nos llevará, en especial, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona, y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas.

Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que también nosotros cada día debemos 'volver a dar' al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado, Sólo así podremos participar plenamente en la alegría de la Pascua." (Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma 2007).

El Cristo de las intenciones

Cristo nos presenta en el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo el cuadro del juicio final, cuando todos seremos sometidos al último examen del amor. Allí Cristo nos presenta su autorretrato, tremendamente realista y actual, fiel reflejo del "aquí y ahora" de la humanidad: el hambre, la sed, la desnudez, las cárceles, las enfermedades y el sufrimiento del hombre de todos los tiempos se unen para retratar el rostro de Cristo en medio de nosotros. Así Cristo se muestra a cada uno y lo interroga sobre el amor.

Podemos también afirmar que cada año el Sumo Pontífice nos presenta a través de las Intenciones de su ministerio de Pastor universal otros tantos rostros del Cristo que contempla diariamente en su trabajo apostólico, como sucesor de Pedro. Esos rostros son para nosotros preludeo y preparación del gran examen final del amor.

En el año 2008 pasará ante nosotros el rostro de un Cristo desgarrado por causa de la división de los cristianos (enero), marginado en los minusválidos síquicos (febrero), víctima del odio entre las personas y los pueblos (marzo), obligado al abandono de su casa y de su patria (septiembre), martirizado por la cultura de la violencia y de la muerte (diciembre).

Es también el Cristo que nos pide una ayuda en los necesitados de esperanza y de paz (abril), en quienes buscan una cultura que defienda y promueva los valores de la persona humana (mayo), en quienes quisieran encontrar alguien que los lleve a Cristo (junio), en los necesitados de una persona dispuesta a prestar un servicio concreto (julio), en quienes necesitan luz para descubrir a Dios, presente en las maravillas de la creación (agosto).

Finalmente, es Cristo el Señor que nos muestra el camino mediante la Palabra de Dios vivida en la comunidad de la Iglesia (octubre), y que nos ofrece su ayuda para vivir como El que vino para servir y no para ser servido (noviembre).

Oración Apostólica

El comentario que sigue a cada enunciado de la Intención es un texto del Santo Padre Benedicto XVI que sirve para captar y penetrar su dimensión apostólica. El rostro de Cristo que nos pide ser reconocido no es el rostro de un solo individuo, ni siquiera el de un pequeño grupo de personas: es el rostro de la humanidad que actualmente vive en la tierra y que pide nuestra oración y nuestro servicio apostólico. Por eso, como en el Padre Nuestro, que es la oración apostólica por excelencia, nuestras peticiones son en plural, "por nosotros". Nosotros mismos nos incluimos en nuestra petición, pues somos parte de la humanidad y nos mostramos solidarios con la familia humana.

Tomar sobre sí en la oración apostólica los problemas de la humanidad, quiere decir construir activamente el Reino de Dios, con todos los fieles discípulos de Cristo. Es también pedir con todos ellos que se haga la voluntad del Padre, que es plan de amor, de unidad y de armonía universal.

Dimensión misional

Dentro de la dimensión apostólica, las intenciones Misionales subrayan especialmente el aspecto de la misión de evangelizar y de anunciar la Palabra de Dios.

La oración misional eleva a Dios su grito teniendo como fin último, siempre y explícitamente el anuncio del evangelio. En el capítulo 4 de los Hechos de los Apóstoles (vv. 23-31), la primera comunidad cristiana de Jerusalén, reunida en oración, reconoce la obra de Dios a lo largo de la historia y luego expone al Señor los propios sufrimientos y persecuciones, pero la conclusión de la plegaria de la comunidad no es el bienestar de la Iglesia, ni siquiera el ser librados de la persecución, sino: "concédenos que podamos anunciar tu palabra con valentía".

El contenido de las Intenciones Misionales evidencia uno u otro aspecto de esta misión de evangelizar que la Iglesia siente haber recibido desde su mismo nacimiento y el Santo Padre Benedicto XVI nos indica algunos de los que considera más importantes en el momento actual de la Iglesia y del mundo.

Dimensión litúrgica

En cada mes se encuentra la sección "Liturgia - Celebración" con sugerencias para dar una dimensión litúrgica a las intenciones mensuales.

La liturgia es la cumbre hacia la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza (SC 10). Es, pues, obvio que al presentar las Intenciones del ministerio apostólico del Sumo Pontífice, se ofrezcan algunos subsidios para una animación litúrgica que presente con Cristo al Padre, en la celebración eucarística, todas las actividades espirituales, ministeriales y apostólicas que los fieles hayan vivido y desarrollado cada mes en sintonía con el tema de cada intención. En la Eucaristía será el mismo Cristo quien, con sus diversos modos de presencia, reúna a sus fieles en torno al tema de oración propuesto por su Vicario en la tierra, iluminándolos y haciéndolos partícipes de su caridad operativa.

Con este fin se ofrece la sugerencia de una misa propuesta por el Misal Romano que concuerde con cada tema. Los textos de la liturgia de la Palabra servirán para la oración personal, o en grupo, y para la previa preparación de la homilía, que además podrá enriquecerse con ayuda del comentario de cada intención.

En las Iglesias locales existe también un abundante repertorio de cantos litúrgicos que se podrán utilizar según el tema de la Eucaristía o de la celebración de la Palabra.

Un examen de nuestra fe

A los textos litúrgicos sigue una serie de preguntas sobre el tema de la Intención. Estas preguntas, hechas en grupo o a modo de auto-examen individual, pueden tomarse como estímulos para reavivar la propia fe. La expresión "oración de fe" (*oratio fidei*), aparece ya en la Carta del Apóstol Santiago (5,15), a propósito de la petición para que Dios ayude a los enfermos. Santiago afirma que la oración de una persona sincera y llena de fe es un potentísimo auxilio. Nosotros podemos extender nuestra oración de fe, no solo a la circunstancia de las enfermedades corporales, sino a todas las necesidades de la humanidad expuestas en las Intenciones.

Las preguntas indicadas para cada mes ayudarán a que cada uno se interrogue sobre el estado de su fe y de la sinceridad con que eleva hasta Dios su oración por los hermanos. Muchas veces, como nos indica la Carta de Santiago, el mejor indicio de la autenticidad de nuestra fe serán las obras y el espíritu de servicio que ha de acompañar a la oración. Las preguntas para un examen de la fe, cuando se trata de obtener el favor de Dios, tienen su raíz teológica y evangélica en el examen de fe que Jesús mismo hace a los enfermos que piden ser curados: "¿Crees que yo puedo sanarte? ¿Tienes fe?"

Escuela de oración

Finalmente cada Intención va acompañada de un subsidio para la oración personal y comunitaria.

La oración personal es recomendada por Cristo en el evangelio: "Cuando vayas a orar entra en tu aposento y ora en lo secreto" (Mt 6,6). El mismo Jesús practicaba este modo de oración retirándose frecuentemente para orar en la soledad.

La oración personal no es una fuga del mundo o de la realidad, al contrario, transforma y purifica la conciencia individual para que pueda percibir más claramente la realidad circundante y para transformarla haciendo venir el Reino de Dios.

Cada año, la Iglesia unida al Vicario de Cristo ora por las necesidades de la humanidad. Por medio de las Intenciones pontificias se hacen así más reales y cercanas, en diversos modos y a diversos niveles, las palabras del Concilio Vaticano II sobre la oración de la Iglesia: *Es en verdad la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo con su Cuerpo al Padre*" (SC, 84).

Orar con la Iglesia

Concluamos con las palabras del Papa Benedicto XVI quien nos invita en su Carta sobre la Encíclica *Haurietis aquas* a mirar el costado traspasado de Cristo para dejar que nuestros corazones sean modelados según el Corazón de Cristo.

"La mirada dirigida al Señor, que 'tomó sobre sí nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades' (Mt 8, 17), nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las necesidades de los demás. La contemplación, en la adoración, del costado traspasado por la lanza nos hace sensibles a la voluntad salvífica de Dios. Nos hace capaces de abandonarnos a su amor salvífico y misericordioso, y al mismo tiempo nos fortalece en el deseo de participar en su obra de salvación, convirtiéndonos en sus instrumentos.

Los dones recibidos del costado abierto, del que brotaron 'sangre y agua' (cf. Jn 19,34), hacen que nuestra vida se convierta también para los demás en fuente de la que brotan 'ríos de agua viva' (Jn 7,38) (cf. DCE,7). La experiencia del amor vivida mediante el culto del costado traspasado del Redentor nos protege del peligro de encerrarnos en nosotros mismos y nos hace más disponibles a una vida para los demás. 'En esto hemos conocido lo que es amor: en que El dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos' (1Jn 3,16) (cf. *Haurietis aquas*, 38)." (Benedicto XVI, Carta en el 50º aniversario de la Encíclica *Haurietis aquas* de Pío XII, 15 de mayo de 2006).

ENERO

ENERO

Para que la Iglesia aumente su esfuerzo por la plena unidad visible, de modo que manifieste cada vez más su rostro de comunidad de amor, donde se refleje la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amadísimo hermano en Cristo:

Me alegra tener esta oportunidad de encontrarme con Vuestra Beatitud en este mismo lugar donde el Patriarca Shnork Kalustian acogió a mis predecesores el Papa Pablo VI y el Papa Juan Pablo II. Con gran afecto saludo a toda la comunidad armenia apostólica que usted preside como pastor y padre espiritual. Mi saludo fraternal se dirige también a Su Santidad Karekin II, Patriarca Supremo y *Catholicos* de todos los Armenios, y a la jerarquía de la Iglesia armenia apostólica. Doy gracias a Dios por la fe y el testimonio cristiano del pueblo armenio, transmitidos de generación en generación, a menudo en circunstancias realmente trágicas como las que experimentó durante el siglo pasado.

Nuestro encuentro es mucho más que un simple gesto de cortesía ecuménica y de amistad. Es un signo de nuestra esperanza común en las promesas de Dios y de nuestro deseo de ver cumplida la oración que Jesús elevó por sus discípulos en la víspera de su pasión y muerte: "Que todos sean uno. Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17,21). Jesús entregó su vida en la cruz para reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos, para derribar los muros de la división. Mediante el sacramento del bautismo hemos sido incorporados al Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Las trágicas divisiones que a lo largo del tiempo han surgido entre los seguidores de Cristo contradicen abiertamente la voluntad del Señor, son un escándalo para el mundo y perjudican a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura (cf. *Unitatis*

redintegratio, 1). Precisamente mediante el testimonio de su fe y su caridad, los cristianos están llamados a ofrecer un signo radiante de esperanza y consuelo a este mundo, tan marcado por conflictos y tensiones. Por eso, debemos seguir haciendo todo lo posible para sanar las heridas de la separación y apresurar la obra de restablecimiento de la unidad de los cristianos. Hago votos para que en esta urgente misión nos guíe la luz y la fuerza del Espíritu Santo.

A este respecto, quiero solamente dar gracias de corazón al Señor por la relación fraternal cada vez más profunda que se ha desarrollado entre la Iglesia apostólica armenia y la Iglesia católica. En el siglo XIII, Nerses de Lambrón, uno de los grandes doctores de la Iglesia armenia, escribió estas alentadoras palabras: "Ahora, dado que todos necesitamos la paz con Dios, hagamos que la armonía entre hermanos sea su cimiento. Hemos orado a Dios por la paz y seguimos haciéndolo. El nos la está ofreciendo como un don: ¡aceptémoslo! Hemos pedido al Señor que haga sólida a su santa Iglesia, y él bondadosamente ha escuchado nuestra oración. Por tanto, subamos a la montaña de la fe en el Evangelio!" (*Discurso sinodal*). Estas palabras de Nerses no han perdido nada de su fuerza. Sigamos orando juntos por la unidad de todos los cristianos, para que, recibiendo este don de lo alto con un corazón abierto, seamos testigos cada vez más convincentes de la verdad del Evangelio y mejores servidores de la misión de la Iglesia.

Benedicto XVI
Visita de Oración al Patriarcado Armenio Apostólico
y Encuentro con su Beatitud el Patriarca Mesrob II
30 de noviembre de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA – CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa: La Iglesia en camino hacia la unidad (MR, Plegaria Eucarística V/d).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Os reuniré de entre las naciones y os daré un corazón nuevo: Ez 36,24-28.

Salmo responsorial: El Señor es mi pastor: Sal 23 (22).

Segunda lectura: No haya divisiones entre vosotros: 1Co 1,10-13.

Evangelio: Un solo rebaño y un solo Pastor: Jn 10,11-16.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Qué hacer para que el mundo descubra que la Iglesia es comunidad de amor?
2. ¿En qué pueden reconocer vuestros conciudadanos que vuestra comunidad cristiana es comunidad de amor?
3. ¿Por qué pensáis que esta intención habla de la unión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo?

ORACION - MEDITACION

La caridad de la Iglesia como manifestación del amor trinitario

19. "Ves la Trinidad si ves el amor", escribió san Agustín. En las reflexiones precedentes hemos podido fijar nuestra mirada sobre el Traspasado (cf. Jn 19,37; Za 12,10), reconociendo el designio del Padre que, movido por el amor (cf. Jn 3,16), ha enviado el Hijo unigénito al mundo para redimir al hombre. Al morir en la cruz - como narra el evangelista -, Jesús "entregó el espíritu" (cf. Jn 19,30), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (cf. Jn 20,22). Se cumpliría así la promesa de los "torrentes de agua viva" que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (cf. Jn 7,38-39). En efecto, el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como El los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (cf. Jn 13,1-13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (cf. Jn 13,1; 15,13).

El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana.

Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres. Es este aspecto, este *servicio de la caridad*, al que deseo referirme en esta parte de la Encíclica.

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est"
25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que la Iglesia en Africa, que se prepara a celebrar su segunda Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos, siga siendo signo e instrumento de reconciliación y de justicia en un Continente todavía marcado por las guerras, la explotación y la pobreza.

Queridos hermanos en el episcopado:

Con alegría os acojo, mientras venís en peregrinación a los lugares donde los apóstoles san Pedro y san Pablo dieron testimonio de Cristo Salvador hasta el martirio. Deseo vivamente que vuestros encuentros con el Papa y con sus colaboradores, expresión de comunión de vuestras Iglesias locales con la Sede de Pedro, acrecienten vuestro impulso apostólico al servicio del pueblo de Dios que se os ha encomendado. Os agradezco todo lo que me habéis transmitido durante nuestros encuentros. Asegurad a vuestros

diocesanos mi cercanía espiritual, ahora que están invitados, juntamente con todos los habitantes del país, a movilizarse para lograr la paz y la reconciliación, después de años de guerra que han provocado millones de víctimas, especialmente en vuestra región. Es necesario que sean valientes defensores de la dignidad de todo ser humano y testigos audaces de la caridad de Cristo, para construir una sociedad cada vez más justa y fraterna.

El compromiso en favor de la paz es un desafío planteado a la misión evangelizadora del obispo. Vuestros informes quinquenales describen las difíciles condiciones en las que ejercéis vuestro ministerio. Los conflictos pasados y los focos de inseguridad que perduran, dejan profundas heridas en la población, provocando cansancio y desaliento. Durante este año, que vuestra Iglesia local dedica a la beata Anuarite Nengapeta, deseo que el imperativo de la caridad os movilice y que, mediante la santidad de vuestra vida y el dinamismo misionero que os anima, seáis vosotros mismos profetas de justicia y de paz.

En efecto, "para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia" (*Deus caritas est*, 25). Me alegra el trabajo pastoral de cercanía realizado en las *comunidades eclesiales vivas* por los sacerdotes y las personas consagradas, así como por los diferentes organismos caritativos, para compartir esta preocupación por la caridad vivida al servicio de los más humildes, convirtiéndose en testigos creíbles del amor que Cristo siente por ellos. Promoved la unidad del pueblo de Dios y prodigáos generosamente para constituirlo como pueblo de hermanos, congregados por Cristo y enviados por El.

Es importante que prosigáis la ardua tarea de implantación del Evangelio en vuestra cultura, respetando los ricos y auténticos valores africanos, pero también purificándolos de todo lo que podría hacerlos incompatibles con la verdad del Evangelio. También es de desear que se revitalice el sacramento de la Penitencia, por el que Dios libera al hombre del pecado, permitiéndole ser cada vez más fermento de reconciliación y de paz en la Iglesia y en la sociedad. Los sacerdotes y los fieles deben redescubrir en la Eucaristía el centro de su existencia, acogiendo en esta *gran escuela de paz* el sentido profundo de sus compromisos y una apremiante exhortación a convertirse en artífices de diálogo y de comunión (cf. *Mane nobiscum Domine*, 27)

(...)

Queridos hermanos en el episcopado, al final de nuestro encuentro, ¡cómo no reafirmaros la esperanza fundada, que comparto con vosotros, de ver que la reconciliación y la paz triunfen en vuestro país y en toda la región de los Grandes Lagos! Ojalá que todos los que gobiernan el destino de la nación actúen de manera concertada y responsable para llegar a una paz duradera. Exhorto también a la comunidad internacional a no olvidar a Africa, realizando sobre todo acciones valientes y decididas para consolidar la estabilidad política y económica en vuestro país.

Por último, exhorto a vuestras comunidades a comprometerse "en una labor intensa y capilar de educación y de testimonio, que ayude a cada uno a tomar conciencia de que urge descubrir cada vez más a fondo la verdad de la paz" (*Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2006*, 8 de diciembre de 2005, n. 16).

Al volver a vuestras diócesis, llevad a todos vuestros sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, catequistas y fieles laicos el afecto del Sucesor de Pedro, que los exhorta a vivir diariamente el servicio de la caridad cada vez más unidos a Cristo, y que les imparte a ellos, así como a vosotros, una particular bendición apostólica.

Benedicto XVI
Discurso al segundo grupo de Obispos
de la República Democrática del Congo
6 de febrero de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

FEBRERO

FEBRERO

Para que los minusválidos síquicos no sean marginados sino respetados y ayudados con amor a vivir dignamente su condición física y social.

Queridos hermanos y hermanas:

(...)

La próxima Jornada mundial del enfermo se tendrá en Adelaida (Australia), y las manifestaciones culminarán con la celebración eucarística en la catedral dedicada a San Francisco Javier, misionero incansable de las poblaciones de Oriente.

En esa circunstancia, la Iglesia quiere inclinarse con particular solicitud sobre los que sufren, llamando la atención de la opinión pública hacia los problemas relacionados con la discapacidad mental, que afecta ya a una quinta parte de la humanidad y constituye una auténtica emergencia socio-sanitaria. Recordando la atención que mi venerado predecesor Juan Pablo II prestaba a esta celebración anual, también yo, queridos hermanos y hermanas, quisiera hacerme espiritualmente presente en la Jornada mundial del enfermo, para reflexionar, en sintonía con los participantes, sobre la situación de los enfermos mentales en el mundo, y para solicitar el esfuerzo de las comunidades eclesiales para testimoniarles la tierna misericordia del Señor.

En muchos países no existe aún una legislación en esta materia, y en otros falta una política definida para la salud mental. Asimismo, conviene constatar que la persistencia de los conflictos armados en varias regiones de la tierra, la sucesión de enormes catástrofes naturales y la difusión del terrorismo, además de causar

un número impresionante de muertos, han originado en muchos supervivientes traumas psíquicos, a veces difícilmente recuperables.

Por otra parte, los expertos reconocen que, en los países de elevado desarrollo económico, la crisis de valores morales influye negativamente en el origen de nuevas formas de malestar mental. Eso aumenta el sentido de soledad, minando e incluso destruyendo las tradicionales formas de cohesión social, comenzando por la institución de la familia, y marginando a los enfermos, de modo especial a los mentales, considerados a menudo como un peso para la familia y para la comunidad.

Aquí quisiera rendir homenaje a los que, de diversos modos y en distintos niveles, se esfuerzan para que no decaiga el espíritu de solidaridad y para que, por el contrario, se persevere en cuidar de estos hermanos y hermanas nuestros, inspirándose en ideales y principios humanos y evangélicos. Por tanto, apoyo los esfuerzos de quienes trabajan para que a todos los enfermos mentales se les presten los cuidados necesarios. Por desgracia, en muchas partes del mundo, los servicios para estos enfermos o no existen, o resultan insuficientes, o se están desmantelando. El contexto social no siempre acepta a los enfermos mentales con sus limitaciones, y también por esto existen dificultades para encontrar los recursos humanos y económicos que hacen falta.

Es necesario integrar mejor el binomio *terapia adecuada y sensibilidad nueva ante las discapacidades*, a fin de que los agentes del sector puedan salir con más eficacia al encuentro de esos enfermos y de sus familias, las cuales solas no serían capaces de atender adecuadamente a sus miembros enfermos. La próxima Jornada mundial del enfermo es una circunstancia oportuna para manifestar solidaridad a las familias que tienen a su cargo discapacitados mentales.

Deseo dirigirme ahora a vosotros, queridos hermanos y hermanas probados por la enfermedad, para invitaros a ofrecer juntamente con Cristo vuestra condición de sufrimiento al Padre, con la seguridad de que toda prueba aceptada con resignación es meritoria y atrae la benevolencia divina sobre la humanidad entera.

Expreso aprecio a todos los que os atienden en los centros residenciales, en los "Day Hospitals" y en los sectores de diagnóstico y curación, y los exhorto a prodigarse para que nunca falte, a quien la necesite, una asistencia médica, social y pastoral que respete la dignidad propia de todo ser humano.

La Iglesia, especialmente mediante la labor de los capellanes, os brindará su ayuda, pues es plenamente consciente de que está llamada a manifestar el amor y la solicitud de Cristo en favor de los que sufren y de los que los atienden.

A los agentes pastorales, a las asociaciones y organizaciones de voluntariado, les recomiendo que sostengan, con formas e iniciativas concretas, a las familias que tienen a su cargo discapacitados mentales, con respecto a los cuales espero que crezca y se difunda la cultura de la acogida y la comunión, también gracias a leyes adecuadas y a planes sanitarios que prevean suficientes recursos para su aplicación concreta.

Es sumamente urgente la formación y la actualización del personal que trabaja en un sector tan delicado de la sociedad. Todo cristiano, según su tarea y su responsabilidad, está llamado a dar su aportación para que se reconozca, respete y promueva la dignidad de estos hermanos y hermanas nuestros.

Duc in altum! Esta invitación de Cristo a Pedro y a los Apóstoles la dirijo a las comunidades eclesiales esparcidas por el mundo, y de modo especial a los que están al servicio de los enfermos, para que, con la ayuda de María *Salus infirmorum*, testimonien la bondad y la paternal solicitud de Dios. Que la Virgen santísima consuele a los que se encuentran marcados por la enfermedad y sostenga a los que, como el buen samaritano, alivian sus heridas corporales y espirituales. A cada uno aseguro un recuerdo en la oración y de buen grado imparto a todos mi bendición.

Benedicto XVI
Mensaje para la XIV Jornada Mundial del Enfermo
8 de diciembre de 2005
© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa por los enfermos (MR, Misas por diversas necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: El Señor cargó sobre sí nuestros sufrimientos: Is 53,2-4,10-11.

Salmo responsorial: A Ti grito, Señor, escucha mi súplica: Sal 102 (101).

Segunda lectura: Te basta mi gracia, porque mi poder se manifiesta en la debilidad: 2Co 12,7-10.

Evangelio: Impondrán las manos a los enfermos y sanarán: Mc 16,15-20.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Cómo se explica que los minusválidos síquicos con facilidad son marginados?
2. ¿Con qué gestos y con qué palabras podemos expresar nuestro respecto hacia ellos?
3. ¿Cómo hacerles saber que son amados?

ORACION - MEDITACION

"Mirarán al que traspasaron" (Jn 19,37)

Queridos hermanos y hermanas, miremos a Cristo traspasado en la cruz. El es la revelación más impresionante del amor de Dios, un amor en el que *eros* y *agapé*, lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente. En la cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: tiene sed del amor de cada uno de nosotros. El apóstol Tomás reconoció a Jesús como "Señor y Dios" cuando metió la mano en la herida de su costado. No es de extrañar que, entre los santos, muchos hayan encontrado en el Corazón de Jesús la expresión más conmovedora de este misterio de amor. Se podría decir, incluso, que la revelación del *eros* de Dios hacia el hombre es, en realidad, la expresión suprema de su *agapé*. En verdad, sólo el amor en el que se unen el don gratuito de uno mismo y el deseo apasionado de reciprocidad infunde un gozo tan intenso que convierte en leves incluso los sacrificios más duros.

Jesús dijo: "Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12,32). La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por él. Sin embargo, aceptar su amor no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás: Cristo "me atrae hacia sí" para unirse a mí, a fin de que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor.

Sangre y agua

"Mirarán al que traspasaron". Miremos con confianza el costado traspasado de Jesús, del que salió "sangre y agua" (Jn 19,34). Los Padres de la Iglesia consideraron estos elementos como símbolos de los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía. Con el agua del bautismo, gracias a la acción del Espíritu Santo, se nos revela la intimidad del amor trinitario. En el camino cuaresmal, recordando nuestro bautismo, se nos exhorta a salir de nosotros mismos para abrirnos, con un abandono confiado, al abrazo misericordioso del Padre (cf. san Juan Crisóstomo, *Catequesis*, 3,14 ss). La sangre, símbolo del amor del buen Pastor, llega a nosotros especialmente en el misterio eucarístico: "La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús (...); nos implicamos en la dinámica de su entrega" (*Deus caritas est*, 13).

Vivamos, pues, la Cuaresma como un tiempo "eucarístico", en el que, aceptando el amor de Jesús, aprendamos a difundirlo a nuestro alrededor con cada gesto y cada palabra. De ese modo, contemplar "al que traspasaron" nos llevará a abrir el corazón a los demás, reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; y nos llevará, en especial, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona, y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas.

Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que también nosotros cada día debemos "volver a dar" al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado. Sólo así podremos participar plenamente en la alegría de la Pascua.

Que María, la Madre del Amor Hermoso, nos guíe en este itinerario cuaresmal, camino de auténtica conversión al amor de Cristo. A vosotros, queridos hermanos y hermanas, os deseo un provechoso camino cuaresmal y con afecto os envío a todos una bendición apostólica especial.

Benedicto XVI

Mensaje para la Cuaresma, 21 de noviembre de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que los Institutos de Vida Consagrada, tan florecientes en los Países de misión, redescubran la dimensión misionera y, fieles a la elección radical de los consejos evangélicos, generosamente testimonien y anuncien a Cristo hasta los confines del mundo.

Testimoniar la fuerza de la caridad de Cristo

El tercer desafío que afronta hoy la vida consagrada es el de ser "signo de la Pascua del Señor entre los hombres" a través de la caridad.

El compromiso de transformar la realidad social con la fuerza del Evangelio siempre ha sido un desafío y sigue siéndolo

también ahora, al inicio del tercer milenio de la era cristiana. Anunciar a Jesucristo, "Buena Nueva" de la salvación, del amor, de la justicia y de la paz, no es fácil en el mundo actual. Sin embargo, el hombre tiene hoy más necesidad que nunca del Evangelio, de la fe que salva, de la esperanza que ilumina, de la caridad que dona (cf. Consejo Pontificio Justicia y paz, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, Vaticano 2004, Presentación).

La historia nos sitúa hoy ante muchos fenómenos nuevos que alimentan tanto la esperanza de una vida más plena como el miedo al sufrimiento y a la muerte; esos fenómenos hablan de progreso y de libertad, tratando de esconder los signos profundos de las nuevas esclavitudes y las luchas entre los hombres, los pueblos y las naciones. En este "hábitat" los consagrados corren el riesgo de que la justa toma de posición en favor de los pobres y los oprimidos degenera a causa de la lógica de los contrastes y de la lucha despiadada, e impulse hacia un "horizontalismo" limitado, lleno de amargura y vaciado de una esperanza auténtica, que aleje de Cristo, único Salvador del hombre, en vez de acercarlo a Él.

Hoy, la inmensa mayoría de las personas, cada vez menos abiertas a un futuro escatológico, viven sin esperanza. La vida presente se les presenta como una ocasión única de sacar el mayor provecho posible: cada vez más provecho y cada vez más rápidamente. Esta actitud entraña cierta desesperación, sobre todo cuando la realización de los deseos resulta imposible, como sucede casi siempre.

Esta situación interpela de modo especial a las personas consagradas, que han hecho del futuro su profesión de fe, y de la esperanza escatológica el motor de su existencia. Aquí la misión profética de la vida consagrada asume una importancia particular. En este ámbito, desempeña un ministerio específico que, en cierto sentido, por analogía, podríamos definir "sacerdotal". En efecto, en la Instrucción *Comenzar desde Cristo* leemos: "A imitación de

Jesús, aquellos a quienes Dios llama para que le sigan son consagrados y enviados al mundo para continuar su misión. Más aún, la misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, se hace misión. Los consagrados, cuanto más se dejan configurar con Cristo, tanto más lo hacen presente y operante en la historia para la salvación de los hombres. Abiertos a las necesidades del mundo desde la perspectiva de Dios, miran a un futuro con dimensión de resurrección, dispuestos a seguir el ejemplo de Cristo, que vino a nosotros a dar su vida y a darla en abundancia (cf. Jn 10,10)" (n. 9).

También para la caridad la Eucaristía es el lugar en donde las personas consagradas pueden encontrar nuevo vigor profético con vistas a la vida común y al servicio a los hombres. La Eucaristía hace contemporánea la cruz en la que Cristo muere, "desciende al lugar de los muertos", se hace solidario con todos los que fueron, son o serán prisioneros del pecado y de la muerte, para que en él cuantos se encuentran alejados puedan llegar a ser hermanos y acercarse al Padre. En esta escuela, las personas consagradas aprenden el celo auténtico por la humanidad y escuchan la invitación a vivir su misión como participación en la muerte que caracteriza el cuerpo y el alma de los hombres y las mujeres, para abrirlos a una esperanza más allá de la muerte.

La vida consagrada, iluminada por la celebración eucarística, aprenderá a convertirse en "buen samaritano", como hizo Cristo y, con el Espíritu de Cristo, sabrá proponer caminos de esperanza a todos los hombres que encuentre en su camino. En la celebración eucarística "hacer memoria" de la muerte violenta de Jesús se transforma en "no violencia", en don espontáneo de sí. Jesús no es sacrificado; él se sacrifica. El principio de la oposición cede su lugar al principio de la solidaridad.

La Eucaristía es a la vez, e inseparablemente, sacrificio, memoria y alimento. El Verbo hecho carne se ofrece en sacrificio. Quien se adhiere con fe a este misterio entra en comunión con este

don de Cristo y se transforma a su vez en "don", pues en la celebración eucarística la comunión va unida al sacrificio de Cristo (cf. Jn 6,49-58). Cuando no se acepta este don, esta entrega de sí mismo al Señor en la Eucaristía, se hace revivir el drama y la laceración de la traición de Judas; se actúa como las personas que, en la sinagoga de Cafarnaúm, ante el anuncio del don de la carne y de la sangre para la vida del mundo, renuncian a seguir a Jesús (cf. Jn 6,64-70).

Al contrario, toda actividad pastoral, todo servicio a los pequeños, a los pobres, a los enfermos, a los abandonados al borde del camino, cuando parten de una participación profunda en el misterio eucarístico, se convierten en el cumplimiento del mandamiento de Jesús: "Haced esto en memoria mía". El fuego de la caridad de Cristo lo envuelve todo y se convierte en compromiso y en don de sí mismos. La vida consagrada toma fuerza para salir de los "bloques", para superar las barreras, para vencer la cerrazón en sí mismos, para iluminar las lecturas unilaterales de la realidad.

Así, el "sacrificium laudis" de las personas consagradas se expresará con nuevo celo por la humanidad y las impulsará a completar en su carne "lo que falta a los sufrimientos de Cristo". El servir, el ser pequeños, el estar alegres, tendrán siempre como raíz y fundamento la Pascua del Señor, acogida, amada y sostenida para la salvación de todos.

*Reflexión del Cardenal Franc Rodé, C.M.
Prefecto de la Congregación para
los Institutos de Vida Consagrada
y las Sociedades de Vida Apostólica
25 de agosto de 2005*

MARZO

MARZO

Para que se comprenda la importancia del perdón y de la reconciliación entre las personas y los pueblos, y la Iglesia mediante su testimonio difunda el amor de Cristo, fuente de una humanidad nueva.

11. Ante los riesgos que vive la humanidad en nuestra época, es tarea de todos los católicos intensificar en todas las partes del mundo el anuncio y el testimonio del "Evangelio de la paz", proclamando que el reconocimiento de la plena verdad de Dios es una condición previa e indispensable para la consolidación de la verdad de la paz. Dios es Amor que salva, Padre amoroso que desea ver cómo sus hijos se reconocen entre ellos como hermanos, responsablemente dispuestos a poner los diversos talentos al servicio del bien común de la familia humana. Dios es fuente inagotable de la esperanza que da sentido a la vida personal y colectiva. Dios, sólo Dios, hace eficaz cada obra de bien y de paz. La historia ha demostrado con creces que luchar contra Dios para extirparlo del corazón de los hombres lleva a la humanidad, temerosa y empobrecida, hacia opciones que no tienen futuro. Esto ha de impulsar a los creyentes en Cristo a ser testigos convincentes de Dios, que es verdad y amor al mismo tiempo, poniéndose al servicio de la paz, colaborando ampliamente en el ámbito ecuménico, así como con las otras religiones y con todos los hombres de buena voluntad.

(...)

13. No obstante, todo esto no debe inducir a un optimismo ingenuo. En efecto, no se puede olvidar que, por desgracia, existen todavía sangrientas contiendas fratricidas y guerras desoladoras que siembran lágrimas y muerte en vastas zonas de la tierra. Hay situaciones en las que el conflicto, encubierto como el fuego bajo la ceniza, puede estallar de nuevo causando una destrucción de imprevisible magnitud. Las autoridades que, en lugar de hacer lo que está en sus manos para promover eficazmente la paz, fomentan

en los ciudadanos sentimientos de hostilidad hacia otras naciones, asumen una gravísima responsabilidad: ponen en peligro, en zonas ya de riesgo, los delicados equilibrios alcanzados a costa de laboriosas negociaciones, contribuyendo así a hacer más inseguro y sombrío el futuro de la humanidad. ¿Qué decir, además, de los gobiernos que se apoyan en las armas nucleares para garantizar la seguridad de su país? Junto con innumerables personas de buena voluntad, se puede afirmar que este planteamiento, además de funesto, es totalmente falaz. En efecto, en una guerra nuclear no habría vencedores, sino sólo víctimas. La verdad de la paz exige que todos -tanto los gobiernos que de manera declarada u oculta poseen armas nucleares, como los que quieren procurárselas - inviertan conjuntamente su orientación con opciones claras y firmes, encaminándose hacia un desarme nuclear progresivo y concordado. Los recursos ahorrados de este modo podrían emplearse en proyectos de desarrollo en favor de todos los habitantes y, en primer lugar, de los más pobres.

(...)

15. Los primeros beneficiarios de una valiente opción por el desarme serán los países pobres que, después de tantas promesas, reclaman justamente la realización concreta del derecho al desarrollo. Este derecho también ha sido reafirmado solemnemente en la reciente Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, que ha celebrado este año el 60º aniversario de su fundación. La Iglesia católica, a la vez que confirma su confianza en esta Organización internacional, desea su renovación institucional y operativa que la haga capaz de responder a las nuevas exigencias de la época actual, caracterizada por el fenómeno difuso de la globalización. La Organización de las Naciones Unidas ha de llegar a ser un instrumento cada vez más eficiente para promover en el mundo los valores de la justicia, de la solidaridad y de la paz. La Iglesia, por su parte, fiel a la misión que ha recibido de su Fundador, no deja de proclamar por doquier el "Evangelio de la paz". Animada por su firme convicción de prestar un servicio indispensable a

cuantos se dedican a promover la paz, recuerda a todos que, para que la paz sea auténtica y duradera, ha de estar construida sobre la roca de la verdad de Dios y de la verdad del hombre. Sólo esta verdad puede sensibilizar los ánimos hacia la justicia, abrirlos al amor y a la solidaridad, y alentar a todos a trabajar por una humanidad realmente libre y solidaria. Ciertamente, sólo sobre la verdad de Dios y del hombre se construyen los fundamentos de una auténtica paz.

16. Al concluir este mensaje, quiero dirigirme de modo particular a los creyentes en Cristo, para renovarles la invitación a ser discípulos atentos y disponibles del Señor. Escuchando el Evangelio, queridos hermanos y hermanas, aprendemos a fundamentar la paz en la verdad de una existencia cotidiana inspirada en el mandamiento del amor. Es necesario que cada comunidad se entregue a una labor intensa y capilar de educación y de testimonio, que ayude a cada uno a tomar conciencia de que urge descubrir cada vez más a fondo la verdad de la paz. Al mismo tiempo, pido que se intensifique la oración, porque la paz es ante todo don de Dios que se ha de suplicar continuamente. Gracias a la ayuda divina, resultará ciertamente más convincente e iluminador el anuncio y el testimonio de la verdad de la paz. Dirijamos con confianza y filial abandono la mirada hacia María, la Madre del Príncipe de la Paz. Al principio de este nuevo año le pedimos que ayude a todo el Pueblo de Dios a ser en toda situación agente de paz, dejándose iluminar por la Verdad que nos hace libres (cf. Jn 8,32). Que por su intercesión la humanidad incremente su aprecio por este bien fundamental y se comprometa a consolidar su presencia en el mundo, para legar un futuro más sereno y más seguro a las generaciones venideras.

Benedicto XVI
Mensaje para la Celebración de la Jornada Mundial de la Paz
8 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa: Plegaria Eucarística de la Reconciliación II (MR).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Amémonos unos a otros: 1Jn 3,11-18.

Salmo responsorial: Dios es amor: Sal 103 (102).

Segunda lectura: En la fuente de la caridad: 1Jn 4,7-12,20-21.

Evangelio: El juicio final: Mt 25,31-46.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Por qué insiste tanto el Señor en que se debe perdonar siete veces siete?
2. ¿Cómo resulta tan difícil conseguirlo?
3. ¿Quién sufre más en estos casos?

ORACION - MEDITACION

Amor a Dios y amor al prójimo

17. En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada *Carta de Juan* (cf. 4,10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues "Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él" (1Jn 4,9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14,9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, El sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que El, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente.

El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que El se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. El nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. El nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este "antes" de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa

inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el *eros* llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por "concluido" y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. Sal 73 [72],23-28).

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est"
25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que los cristianos, que en tantas partes del mundo y de varias maneras son perseguidos por causa del Evangelio, sostenidos por la fuerza del Espíritu Santo, sigan testimoniando la Palabra de Dios con valentía y franqueza.

Queridos hermanos y hermanas:

El consistorio que se celebró en los días pasados para el nombramiento de quince nuevos cardenales fue una intensa experiencia eclesial, que nos permitió gustar la riqueza espiritual de la colegialidad, del encuentro entre hermanos provenientes de diferentes países, unidos todos por el único amor a Cristo y a su Iglesia.

En cierto modo, revivimos la realidad de la comunidad cristiana primitiva, reunida en torno a María, Madre de Jesús, y a Pedro, para acoger el don del Espíritu y comprometerse a difundir el Evangelio en todo el mundo. La fidelidad a esta misión hasta el sacrificio de la vida es un carácter distintivo de los cardenales, como lo testimonia su juramento y como lo simboliza la púrpura, que tiene el color de la sangre.

Por una coincidencia providencial, el consistorio se celebró el 24 de marzo, día en que se conmemoraba a los misioneros que durante el año pasado perdieron la vida en la vanguardia de la evangelización y del servicio al hombre en diversas partes del mundo. Así, el consistorio fue una ocasión para sentirnos más cerca que nunca de todos los cristianos que sufren persecución a causa de la fe. Su testimonio, del que diariamente nos llegan noticias, y sobre todo el sacrificio de quienes han sido asesinados, nos edifica y nos estimula a un compromiso evangélico cada vez más sincero y generoso.

Pienso, de modo particular, en las comunidades que viven en países donde no hay libertad religiosa o donde, aunque se la reconozca en el papel, sufre de hecho múltiples restricciones. A esas comunidades las aliento cordialmente a perseverar en la paciencia y en la caridad de Cristo, semilla del reino de Dios que viene, más aún, que ya está en el mundo. A todos los que trabajan al servicio del Evangelio en esas situaciones difíciles deseo expresarles mi más viva solidaridad en nombre de toda la Iglesia, asegurándoles al mismo tiempo mi recuerdo diario en la oración.

La Iglesia avanza en la historia y se difunde en la tierra, acompañada por María, Reina de los Apóstoles. Como en el Cenáculo, la Virgen santísima constituye siempre para los cristianos la memoria viva de Jesús. Es ella quien anima su oración y sostiene su esperanza. A ella le pedimos que nos guíe en el camino diario y proteja con especial predilección a las comunidades cristianas que se hallan en situaciones de mayor dificultad y sufrimiento.

Benedicto XVI
Angelus
26 de marzo de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

ABRIL

ABRIL

Para que los cristianos, aun en las situaciones difíciles y complejas de la sociedad actual, no se cansen de proclamar con su vida que la resurrección de Cristo es fuente de esperanza y de paz.

(...)

El Señor resucitado y su Iglesia

Con el mismo espíritu he venido hoy a Verona, para orar al Señor juntamente con vosotros, compartir, aunque sea brevemente, vuestro trabajo de estas jornadas y proponeros una reflexión mía acerca de lo que parece realmente importante para la presencia cristiana en Italia.

Habéis realizado una opción muy acertada al poner a Jesucristo resucitado en el centro de la atención de la Asamblea y de toda la vida y el testimonio de la Iglesia en Italia. La resurrección de Cristo es un hecho acontecido en la historia, de la que los Apóstoles fueron testigos y ciertamente no creadores. Al mismo tiempo, no se trata de un simple regreso a nuestra vida terrena; al contrario, es la mayor "mutación" acontecida en la historia, el "salto" decisivo hacia una dimensión de vida profundamente nueva, el ingreso en un orden totalmente diverso, que atañe ante todo a Jesús de Nazaret, pero con él también a nosotros, a toda la familia humana, a la historia y al universo entero. Por eso la resurrección de Cristo es el centro de la predicación y del testimonio cristiano, desde el inicio y hasta el fin de los tiempos.

Se trata, ciertamente, de un gran misterio, el misterio de nuestra salvación, que encuentra en la resurrección del Verbo encarnado su coronación y a la vez la anticipación y la prenda de

nuestra esperanza. Pero la clave de este misterio es el amor y sólo en la lógica del amor se puede acceder a él y comprenderlo de algún modo: Jesucristo resucita de entre los muertos porque todo su ser es perfecta e íntima unión con Dios, que es el amor realmente más fuerte que la muerte.

El era uno con la Vida indestructible y, por tanto, podía dar su vida dejándose matar, pero no podía sucumbir definitivamente a la muerte: en concreto, en la última Cena anticipó y aceptó por amor su propia muerte en la cruz, transformándola de este modo en entrega de sí, en el don que nos da la vida, nos libera y nos salva.

Así pues, su resurrección fue como una explosión de luz, una explosión de amor que rompió las cadenas del pecado y de la muerte. Su resurrección inauguró una nueva dimensión de la vida y de la realidad, de la que brota un mundo nuevo, que penetra continuamente en nuestro mundo, lo transforma y lo atrae a sí.

Todo esto acontece en concreto a través de la vida y el testimonio de la Iglesia. Más aún, la Iglesia misma constituye la primicia de esa transformación, que es obra de Dios y no nuestra. Llega a nosotros mediante la fe y el sacramento del bautismo, que es realmente muerte y resurrección, un nuevo nacimiento, transformación en una vida nueva. Es lo que dice san Pablo en la carta a los Gálatas: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Ga 2,20). Así, a través del bautismo, ha cambiado mi identidad esencial y yo sigo existiendo sólo en este cambio. Mi yo desaparece y se inserta en un nuevo sujeto más grande, en el que mi yo está presente de nuevo, pero transformado, purificado, "abierto" mediante la inserción en el otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia.

De este modo llegamos a ser uno en Cristo" (Ga 3,28), un único sujeto nuevo, y nuestro yo es liberado de su aislamiento. "Yo, pero ya no yo": esta es la fórmula de la existencia cristiana fundada en el bautismo, la fórmula de la resurrección dentro del tiempo, la fórmula de la "novedad" cristiana llamada a transformar el mundo. Aquí radica nuestra alegría pascual. Nuestra vocación y nuestra misión de cristianos consisten en cooperar para que se realice efectivamente, en la realidad diaria de nuestra vida, lo que el Espíritu Santo ha emprendido en nosotros con el bautismo: estamos llamados a ser hombres y mujeres nuevos, para poder ser auténticos testigos del Resucitado y de este modo portadores de la alegría y de la esperanza cristiana en el mundo, concretamente en la comunidad de hombres y mujeres en la que vivimos.

Así, de este mensaje fundamental de la resurrección, presente en nosotros y en nuestra vida diaria, paso al tema del servicio de la Iglesia en Italia a la nación, a Europa y al mundo.

(...)

Hacer visible el gran "sí" de la fe

Queridos hermanos y hermanas, debemos preguntarnos ahora cómo y sobre qué bases cumplir esa tarea. En esta Asamblea habéis considerado, con razón, que es indispensable dar al testimonio cristiano contenidos concretos y practicables, examinando cómo puede llevarse a cabo y desarrollarse en cada uno de los grandes ámbitos en los que se articula la experiencia humana. Eso ayudará a no perder de vista en nuestra acción pastoral la relación entre la fe y la vida diaria, entre la propuesta del Evangelio y las preocupaciones y aspiraciones más íntimas de la gente. Por eso, en estos días habéis reflexionado sobre la vida afectiva y la familia, sobre el trabajo y la fiesta, sobre la educación y la cultura,

sobre las situaciones de pobreza y de enfermedad, sobre los deberes y las responsabilidades de la vida social y política.

Por mi parte, quisiera poner de relieve cómo, a través de este testimonio multiforme, debe brotar sobre todo el gran "sí" que en Jesucristo Dios dijo al hombre y a su vida, al amor humano, a nuestra libertad y a nuestra inteligencia; y, por tanto, cómo la fe en el Dios que tiene rostro humano trae la alegría al mundo. En efecto, el cristianismo está abierto a todo lo que hay de justo, verdadero y puro en las culturas y en las civilizaciones; a lo que alegra, consuela y fortalece nuestra existencia. San Pablo, en la carta a los Filipenses, escribió: "Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta" (Flp 4,8).

Por tanto, los discípulos de Cristo reconocen y acogen de buen grado los auténticos valores de la cultura de nuestro tiempo, como el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico, los derechos del hombre, la libertad religiosa y la democracia. Sin embargo, no ignoran y no subestiman la peligrosa fragilidad de la naturaleza humana, que es una amenaza para el camino del hombre en todo contexto histórico. En particular, no descuidan las tensiones interiores y las contradicciones de nuestra época. Por eso, la obra de evangelización nunca consiste sólo en adaptarse a las culturas, sino que siempre es también una purificación, un corte valiente, que se transforma en maduración y saneamiento, una apertura que permite nacer a la "nueva criatura" (2Co 5,17; Ga 6,15) que es el fruto del Espíritu Santo.

Como escribí en la encíclica *Deus caritas est*, no se comienza a ser cristiano - y, por tanto, el creyente no da testimonio - por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con la

Persona de Jesucristo, "que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (n. 1). La fecundidad de este encuentro se manifiesta también, de modo peculiar y creativo, en el actual contexto humano y cultural, ante todo en relación con la razón que ha dado origen a las ciencias modernas y a las relativas tecnologías. En efecto, una característica fundamental de estas últimas es el empleo sistemático de los instrumentos de la matemática para poder actuar con la naturaleza y poner a nuestro servicio sus inmensas energías.

La matemática como tal es una creación de nuestra inteligencia: la correspondencia entre sus estructuras y las estructuras reales del universo - que es el presupuesto de todos los modernos desarrollos científicos y tecnológicos, ya expresamente formulado por Galileo Galilei con la célebre afirmación de que el libro de la naturaleza está escrito en lenguaje matemático - suscita nuestra admiración y plantea un gran interrogante.

En efecto, implica que el universo mismo está estructurado de manera inteligente, de modo que existe una correspondencia profunda entre nuestra razón subjetiva y la razón objetiva de la naturaleza. Así resulta inevitable preguntarse si no debe existir una única inteligencia originaria, que sea la fuente común de una y de otra. De este modo, precisamente la reflexión sobre el desarrollo de las ciencias nos remite al *Logos* creador. Cambia radicalmente la tendencia a dar primacía a lo irracional, a la casualidad y a la necesidad, a reconducir a lo irracional también nuestra inteligencia y nuestra libertad.

Sobre estas bases resulta de nuevo posible ensanchar los espacios de nuestra racionalidad, volver a abrirla a las grandes cuestiones de la verdad y del bien, conjugar entre sí la teología, la

filosofía y las ciencias, respetando plenamente sus métodos propios y su recíproca autonomía, pero siendo también conscientes de su unidad intrínseca. Se trata de una tarea que tenemos por delante, una aventura fascinante en la que vale la pena embarcarse, para dar nuevo impulso a la cultura de nuestro tiempo y para hacer que en ella la fe cristiana tenga de nuevo plena ciudadanía. Con ese fin, el "proyecto cultural" de la Iglesia en Italia es, sin duda, una intuición feliz y una contribución muy importante.

(...)

*Benedicto XVI
Discurso a los participantes
en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana
19 de octubre de 2006*

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa del Domingo de Pascua (MR).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Testigos de la Resurrección: Hch 10,37-43.

Salmo responsorial: Este es el día de Cristo, el Señor: Sal 118 (117).

Segunda lectura: La nueva vida del cristiano: 1Co 5,6-8.

Evangelio: Quédate con nosotros! Lc 24,13-35.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Está presente Jesús en vuestra vida?
2. ¿De qué modo puede un cristiano dar testimonio de esta presencia con su vida?
3. ¿Cómo se explica que tengamos miedo de dar este testimonio?

ORACION - MEDITACION

El amor - caritas - siempre será necesario

28/b) El amor - *caritas* - siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo. El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido - cualquier ser humano - necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino

también sosiego y cuidado del alma, una ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive "sólo de pan" (Mt 4,4; cf. Dt 8,3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano.

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est"
25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que, cada vez más, los futuros presbíteros de las Iglesias jóvenes sean formados cultural y espiritualmente para evangelizar sus naciones y el mundo entero.

Señor Cardenal;
queridos hermanos en el episcopado:

Me alegra poderme encontrar con vosotros con ocasión del seminario de actualización organizado por la Congregación para la Evangelización de los pueblos, y a cada uno de vosotros le doy mi más cordial bienvenida.

(...)

Estáis llamados a ser pastores en medio de poblaciones que, en buena parte, no conocen aún a Jesucristo. Por tanto, como

primeros responsables del anuncio evangélico, debéis hacer notables esfuerzos para que todos tengan la posibilidad de acogerlo. Sentís cada vez más la exigencia de inculturar el Evangelio, de evangelizar las culturas y alimentar un diálogo sincero y abierto con todos, para construir juntos una humanidad más fraterna y solidaria. Sólo impulsados por el amor a Cristo es posible realizar este compromiso apostólico, que requiere el celo intrépido de quien por el Señor no teme ni la persecución ni la muerte.

(...)

"El hombre contemporáneo - escribió mi predecesor de venerada memoria el siervo de Dios Pablo VI - escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos" (*Evangelii nuntiandi*, 41).

Por eso es preciso que deis la máxima importancia en vuestro ministerio episcopal a la oración y a la búsqueda incesante de la santidad. Es importante que os preocupéis por una seria formación de los seminaristas y por una actualización permanente de los sacerdotes y los catequistas.

(...)

Es motivo de alegría y de consuelo constatar que en muchas de vuestras Iglesias se está produciendo un constante florecimiento de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, don maravilloso de Dios que es preciso acoger y promover con gratitud y celo. Preocupáos por dotar a los seminarios de un número suficiente de formadores, selectos y preparados con esmero, que sean ante todo ejemplos y modelos para los seminaristas. Como sabéis bien, el seminario es el corazón de la diócesis, y precisamente por eso el obispo lo sigue personalmente. De la preparación de los futuros sacerdotes y de todos los demás agentes de pastoral, en particular de los catequistas, depende el futuro de vuestras comunidades y el de la Iglesia universal.

Venerados y queridos hermanos, dentro de algunos días volveréis a vuestras diócesis, enriquecidos por esta estancia formativa en Roma. Yo seguiré sintiéndome espiritualmente unido a vosotros, y os pido que aseguréis mi afecto y mi cercanía en la oración también a vuestras comunidades, sobre las que invoco la protección maternal de María santísima, Estrella de la evangelización, y la intercesión de san Pío de Pietrelcina, cuya memoria litúrgica se celebra hoy.

Con estos sentimientos, os imparto mi bendición apostólica a todos vosotros, extendiéndola de buen grado a cuantos están encomendados a vuestra solicitud de pastores, especialmente a los niños, a los jóvenes y a los ancianos, a los enfermos, a los pobres y a los que sufren.

Benedicto XVI
Discurso a un grupo de Obispos que participaban
en un curso de actualización
23 de septiembre de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

MAYO

MAYO

Para que los cristianos valoricen más la literatura, el arte y los medios de comunicación social para favorecer una cultura que defienda y promueva los valores de la persona humana.

Queridos hermanos y hermanas:

1. Al cumplirse el cuadragésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, me alegra recordar su Decreto sobre los Medios de Comunicación Social, *Inter Mirifica*, que señaló especialmente el poder de los medios para ejercer una influencia en toda la sociedad humana. La necesidad de herramientas que ayuden al bien de la humanidad me ha impulsado a reflexionar, en mi primer mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, sobre la idea de los medios como una red que facilita la comunicación, la comunión y la cooperación.

San Pablo, en su carta a los Efesios, describe vívidamente nuestra vocación humana como la de "participantes de la naturaleza divina" (*Dei verbum*, 2): por Cristo tenemos acceso al Padre en el Espíritu; ya no somos extranjeros y extraños, sino ciudadanos con los santos y los miembros de la familia de Dios, transformándonos en un templo santo, una morada para Dios (cf. Ef 2,18-22). Este sublime retrato de una vida de comunión pone en movimiento todos los aspectos de nuestra vida como cristianos. La invitación a acoger con autenticidad la autocomunicación de Dios en Cristo significa en realidad una llamada a reconocer su fuerza dinámica dentro de nosotros, que desde ahí desea propagarse a los demás y extenderse a todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida prevalente en el mundo (cf. *Homilía para la Jornada Mundial de la Juventud*, Colonia, 21 de agosto 2005).

2. Los avances tecnológicos en los medios han conquistado en cierta medida tiempo y espacio, haciendo la comunicación entre

las personas tanto instantánea como directa, aun cuando están separadas por enormes distancias. Este desarrollo presenta un potencial enorme para servir al bien común y "constituye un patrimonio que se debe salvaguardar y promover" (*El Rápido Desarrollo*, 10). Sin embargo, como todos sabemos, nuestro mundo está lejos de ser perfecto. Diariamente se nos recuerda que la inmediatez de la comunicación no necesariamente se traduce en la construcción de la cooperación y la comunión en la sociedad.

Iluminar las conciencias de los individuos y ayudar a formar su pensamiento nunca es una tarea neutral. La comunicación auténtica demanda valor y decisión radicales. Requiere la determinación de aquellos que trabajan en los medios para no debilitarse bajo el peso de tanta información ni para conformarse con verdades parciales o provisionales. Por el contrario, requiere tanto la búsqueda como la transmisión de lo que es el sentido y el fundamento último de la existencia humana, personal y social (cf. *Fides et Ratio*, 5). De esta forma, los medios pueden contribuir constructivamente a la propagación de todo lo que es bueno y verdadero.

3. El llamado a los medios de comunicación de hoy a ser responsables, a ser protagonistas de la verdad y promotores de la paz que ella conlleva, supone numerosos desafíos. Aunque los diversos instrumentos de comunicación social facilitan el intercambio de información, ideas y entendimiento mutuo entre los grupos, también están teñidos de ambigüedad. Paralelamente a que facilitan "una gran mesa redonda" para el diálogo, algunas tendencias dentro de los medios engendran una forma de monocultura que oscurece el genio creador, reduce la sutileza del pensamiento complejo y desestima la especificidad de prácticas culturales y la particularidad de la creencia religiosa. Estas son distorsiones que ocurren cuando la industria de los medios se reduce al servicio de sí misma o funciona solamente guiada por el lucro, perdiendo el sentido de responsabilidad hacia el bien común.

Así pues, deben fomentarse siempre el reporte preciso de los eventos, la explicación completa de los hechos de interés público y la presentación justa de diversos puntos de vista. La necesidad de sostener y apoyar la vida matrimonial y familiar es de particular importancia, precisamente porque se relaciona con el fundamento de cada cultura y sociedad (cf. *Apostolicam Actuositatem*, 11). En colaboración con los padres, las industrias de la comunicación social y el entretenimiento pueden ayudar en la difícil pero altamente satisfactoria vocación de educar a la niñez, con la presentación de modelos edificantes de vida y amor humanos (cf. *Inter Mirifica*, 11). Es muy descorazonador y destructivo para todos nosotros cuando lo opuesto ocurre. ¿No lloran nuestros corazones, muy especialmente, cuando los jóvenes son sujetos de expresiones degradantes o falsas de amor que ridiculizan la dignidad, otorgada por Dios, de cada persona humana y socavan los intereses de la familia? (...)

Benedicto XVI
Mensaje para la XL Jornada Mundial
de las Comunicaciones Sociales, 24 de enero de 2006
© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa por el progreso de los pueblos (MR, Misas por varias necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: La dignidad del hombre, creado a imagen de Dios: Gn 1,26-31.

Salmo responsorial: ¡Señor, qué grande es tu nombre en toda la tierra!: Sal 8.

Segunda lectura: Cada uno ponga al servicio de los demás las gracias que ha recibido: 1P 4,7-11.

Evangelio: Lo que hicisteis con uno de éstos conmigo lo hicisteis: Mt 25,31-46.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Qué valores apreciáis más en un ser humano?
2. ¿Cómo promover estos valores humanos?
3. ¿Acaso cualquier libro, cualquier imagen, cualquier programa de los medios de comunicación proclaman estos valores humanos? ¿Cómo seleccionarlos debidamente para sí mismo y para los niños?

ORACION - MEDITACION

La Eucaristía

14. Pero ahora se ha de prestar atención a otro aspecto: la "mística" del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: "El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan", dice san Pablo (1Co 10,17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia El, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos "un cuerpo", aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el *agapé* se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el *agapé* de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor. El paso

desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y *ethos* se compenetrán recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el *agapé* de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el "culto" mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa - como hemos de considerar más detalladamente aún -, el "mandamiento" del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser "mandado" porque antes es dado.

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est", 25 de diciembre de 2005
© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que la Virgen María, Estrella de la Evangelización y Reina de los Apóstoles, así como acompañó a los Apóstoles en el comienzo de la Iglesia, guíe también ahora con cariño maternal a los misioneros y misioneras en el mundo entero.

El Espíritu Santo quiere la unidad, quiere la totalidad. Por eso, su presencia se demuestra finalmente también en el impulso misionero. Quien ha encontrado algo verdadero, hermoso y bueno en su vida - el único auténtico tesoro, la perla preciosa - corre a compartirlo por doquier, en la familia y en el trabajo, en todos los ámbitos de su existencia. Lo hace sin temor alguno, porque sabe que ha recibido la filiación adoptiva; sin ninguna presunción, porque todo es don; sin desalentarse, porque el Espíritu de Dios precede a

su acción en el "corazón" de los hombres y como semilla en las culturas y religiones más diversas. Lo hace sin confines, porque es portador de una buena nueva destinada a todos los hombres, a todos los pueblos.

Queridos amigos, os pido que seáis, aún más, mucho más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo. Este es el mejor servicio de la Iglesia a los hombres y de modo muy especial a los pobres, para que la vida de la persona, un orden más justo en la sociedad y la convivencia pacífica entre las naciones, encuentren en Cristo la "piedra angular" sobre la cual construir la auténtica civilización, la civilización del amor. El Espíritu Santo da a los creyentes una visión superior del mundo, de la vida, de la historia y los hace custodios de la esperanza que no defrauda.

Así pues, oremos a Dios Padre, por nuestro Señor Jesucristo, en la gracia del Espíritu Santo, para que la celebración de la solemnidad de Pentecostés sea como fuego ardiente y viento impetuoso para la vida cristiana y para la misión de toda la Iglesia.

Pongo las intenciones de vuestros Movimientos y comunidades en el corazón de la santísima Virgen María, presente en el Cenáculo juntamente con los Apóstoles; que ella interceda para que se hagan realidad. Sobre todos vosotros invoco la efusión de los dones del Espíritu, a fin de que también en nuestro tiempo se realice la experiencia de un nuevo Pentecostés. Amén.

*Benedicto XVI
Homilía en la vigilia de Pentecostés
Encuentro con los Movimientos
y nuevas Comunidades Eclesiales, 3 de junio de 2006*

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

JUNIO

JUNIO

Para que los cristianos cultiven una amistad profunda y personal con Cristo para poder así comunicar la fuerza de su amor a las personas con quienes se encuentran.

(...)

El significado más profundo de este culto al amor de Dios sólo se manifiesta cuando se considera más atentamente su contribución no sólo al conocimiento sino también, y sobre todo, a la experiencia personal de ese amor en la entrega confiada a su servicio (cf. *Haurietis aquas*, 62). Obviamente, experiencia y conocimiento no pueden separarse: están íntimamente relacionados. Por lo demás, conviene destacar que un auténtico conocimiento del amor de Dios sólo es posible en el contexto de una actitud de oración humilde y de generosa disponibilidad. Partiendo de esta actitud interior, la mirada puesta en el costado traspasado por la lanza se transforma en silenciosa adoración. La mirada puesta en el costado traspasado del Señor, del que brotan "sangre y agua" (cf. Jn 19,34), nos ayuda a reconocer la multitud de dones de gracia que de allí proceden (cf. *Haurietis aquas*, 34-41) y nos abre a todas las demás formas de devoción cristiana que están comprendidas en el culto al Corazón de Jesús.

La fe, entendida como fruto de la experiencia del amor de Dios, es una gracia, un don de Dios. Pero el hombre sólo podrá experimentar la fe como una gracia en la medida en que la acepta dentro de sí como un don, del que trata de vivir. El culto del amor de Dios, al que la encíclica *Haurietis aquas* (cf. n. 72) invitaba a los fieles, debe ayudarnos a recordar incesantemente que él cargó con este sufrimiento voluntariamente "por nosotros", "por mí". Cuando

practicamos este culto, no sólo reconocemos con gratitud el amor de Dios, sino que seguimos abriéndonos a este amor de manera que nuestra vida quede cada vez más modelada por él.

Dios, que ha derramado su amor "en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (cf. Rm 5,5), nos invita incesantemente a acoger su amor. Por consiguiente, la invitación a entregarse totalmente al amor salvífico de Cristo (cf. *Haurietis aquas*, 4) tiene como primera finalidad la relación con Dios. Por eso, este culto, totalmente orientado al amor de Dios que se sacrifica por nosotros, reviste una importancia insustituible para nuestra fe y para nuestra vida en el amor.

Quien acepta el amor de Dios interiormente queda modelado por él. El hombre vive la experiencia del amor de Dios como una "llamada" a la que tiene que responder. La mirada dirigida al Señor, que "tomó sobre sí nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8,17), nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las necesidades de los demás. La contemplación, en la adoración, del costado traspasado por la lanza nos hace sensibles a la voluntad salvífica de Dios. Nos hace capaces de abandonarnos a su amor salvífico y misericordioso, y al mismo tiempo nos fortalece en el deseo de participar en su obra de salvación, convirtiéndonos en sus instrumentos.

Los dones recibidos del costado abierto, del que brotaron "sangre y agua" (cf. Jn 19,34), hacen que nuestra vida se convierta también para los demás en fuente de la que brotan "ríos de agua viva" (Jn 7,38) (cf. *Deus caritas est*, 7). La experiencia del amor vivida mediante el culto del costado traspasado del Redentor nos protege del peligro de encerrarnos en nosotros mismos y nos hace más disponibles a una vida para los demás. "En esto hemos

conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (1Jn 3,16) (cf. *Haurietis aquas*, 38).

La respuesta al mandamiento del amor sólo se hace posible experimentando que este amor ya nos ha sido dado antes por Dios (cf. *Deus caritas est*, 14). Por tanto, el culto del amor que se hace visible en el misterio de la cruz, actualizado en toda celebración eucarística, constituye el fundamento para que podamos convertirnos en personas capaces de amar y entregarse (cf. *Haurietis aquas*, 69), siendo instrumentos en las manos de Cristo: sólo así se puede ser heraldos creíbles de su amor.

Sin embargo, esta disponibilidad a la voluntad de Dios debe renovarse en todo momento: "El amor nunca se da por "concluido" y completado" (cf. *Deus caritas est*, 17). Así pues, la contemplación del "costado traspasado por la lanza", en el que resplandece la ilimitada voluntad salvífica por parte de Dios, no puede considerarse como una forma pasajera de culto o de devoción: la adoración del amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del "corazón traspasado" su expresión histórico-devocional, sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios (cf. *Haurietis aquas*, 62).

Con el deseo de que el 50^o aniversario contribuya a impulsar en muchos corazones una respuesta cada vez más fervorosa al amor del Corazón de Cristo, le imparto una especial bendición apostólica a usted, reverendísimo padre Kolvenbach, y a todos los religiosos de la Compañía de Jesús, siempre muy activos en la promoción de esta devoción fundamental.

Benedicto XVI
Carta con motivo del 50º Aniversario
de la Encíclica "Haurietis aquas", 15 de mayo de 2006
© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa del Sagrado Corazón de Jesús – Año A (MR).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: El Señor vuestro Dios os escogió para que seáis su pueblo: Dt 7,6-11.

Salmo responsorial: Dios es amor: Sal 103 (102).

Segunda lectura: Quien no ama no ha conocido a Dios: 1Jn 4,7-16.

Evangelio: El Corazón de Jesús: Mt 11,25-30.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Santa Teresa de Lisieux llamaba a Jesús "Amigo mío". Cómo lo llamas tú?
2. ¿Hablas con Jesús "como con un amigo"? ¿Cómo conseguirlo?
3. De la abundancia del corazón habla la boca. ¿De qué manera das testimonio del amor de Jesús que habita en tu corazón?

ORACION - MEDITACION

El Corazón de Cristo

El costado traspasado del Redentor es la fuente a la que nos invita a acudir la encíclica *Haurietis aquas*: debemos recurrir a esta fuente para alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo y experimentar más a fondo su amor. Así podremos comprender mejor lo que significa *conocer* en Jesucristo el amor de Dios, *experimentarlo* teniendo puesta nuestra mirada en él, hasta *vivir* completamente de la experiencia de su amor, para poderlo *testimoniar* después a los demás.

En efecto, como escribió mi venerado predecesor Juan Pablo II, "junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así - y esta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador - sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la civilización del Corazón de Cristo" (*Carta de Juan Pablo II al prepósito general de la Compañía de Jesús*, 5 de octubre de 1986).

En la encíclica *Deus caritas est* cité la afirmación de la primera carta de san Juan: "Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él", para subrayar que en el origen del ser cristianos está el encuentro con una Persona (cf. n. 1). Dado que Dios se manifestó del modo más profundo a través de la encarnación de su Hijo, haciéndose "visible" en él, en la relación con Cristo podemos reconocer quién es verdaderamente Dios (cf. *Haurietis aquas*, 29-41; *Deus caritas est*, 12-15). Más aún, dado que

el amor de Dios encontró su expresión más profunda en la entrega que Cristo hizo de su vida por nosotros en la cruz, es sobre todo al contemplar su sufrimiento y su muerte como podemos reconocer de manera cada vez más clara el amor sin límites que Dios nos tiene: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16).

Por lo demás, este misterio del amor que Dios nos tiene no sólo constituye el contenido del culto y de la devoción al Corazón de Jesús: es, al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana. Por tanto, es importante subrayar que el fundamento de esta devoción es tan antiguo como el cristianismo. En efecto, sólo se puede ser cristiano dirigiendo la mirada a la cruz de nuestro Redentor, "al que traspasaron" (Jn 19,37; cf. Zc 12,10). La encíclica *Haurietis aquas* recuerda, con razón, que la herida del costado y las de los clavos han sido para innumerables almas los signos de un amor que ha transformado cada vez más eficazmente su vida (cf. n. 52). Reconocer el amor de Dios en el Crucificado se ha convertido para ellas en una experiencia interior que les ha llevado a confesar, como santo Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn 20,28), permitiéndoles alcanzar una fe más profunda acogiendo sin reservas el amor de Dios (cf. *Haurietis aquas*, 49).

Benedicto XVI
Carta en el cincuentenario de la Encíclica "Haurietis aquas"
15 de mayo de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que el Congreso Eucarístico Internacional de Québec, en Canadá, ayude a comprender, todavía más, que la Eucaristía es el corazón de la Iglesia y la fuente de la Evangelización.

*Señores Cardenales;
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;
queridos hermanos y hermanas:*

(...)

Saludo cordialmente a los miembros del Comité pontificio para los Congresos eucarísticos internacionales y a los delegados nacionales que han participado en este encuentro para preparar juntos el próximo 49^o Congreso eucarístico internacional, que se celebrará en Quebec en junio de 2008. Saludo también a los representantes del Comité preparatorio local de este gran acontecimiento eclesial, así como al pequeño pero significativo grupo de los Adoradores de la Eucaristía.

Procedéis de diferentes partes del mundo y vuestra reunión tiene como finalidad preparar una celebración muy importante para toda la Iglesia, como es precisamente un Congreso eucarístico internacional. Como acaba de recordar el cardenal Jozef Tomko, constituye una respuesta conjunta del pueblo de Dios al amor del Señor manifestado de la forma más excelsa en el Misterio eucarístico.

Es verdad. Los Congresos eucarísticos, que se celebran cada vez en diferentes lugares y continentes, son siempre fuente de

renovación espiritual, ocasión para hacer que se conozca mejor la santísima Eucaristía, el tesoro más valioso que nos dejó Jesús; son también un estímulo para que la Iglesia difunda y testimonie sin titubeos el amor de Cristo en todos los ámbitos de la sociedad.

Por lo demás, desde que fue instituido vuestro benemérito Comité pontificio, tiene como objetivo: "Hacer conocer, amar y servir cada vez más a nuestro Señor Jesucristo en su Misterio eucarístico, centro de la vida y la misión de la Iglesia para la salvación del mundo".

Cada uno de estos Congresos eucarísticos representa, por tanto, una oportunidad providencial para presentar a la humanidad de manera solemne "la Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo", como dice el texto base del próximo Congreso. Este documento lo ha presentado en el transcurso de vuestras sesiones de trabajo el cardenal Marc Ouellet, arzobispo de Quebec, a quien dirijo un saludo especial.

De las gracias especiales que el Señor derramará en el Congreso eucarístico internacional no sólo podrán beneficiarse quienes tengan la posibilidad de participar personalmente, sino también las diferentes comunidades cristianas que están invitadas a unirse espiritualmente a él.

En esos días el mundo católico tendrá los ojos del corazón puestos en el supremo misterio de la Eucaristía para experimentar un renovado impulso apostólico y misionero. Por eso es importante prepararse bien y os doy las gracias, queridos hermanos y hermanas, por el trabajo que estáis realizando para ayudar a los fieles de todos

los continentes a comprender cada vez mejor el valor y la importancia de la Eucaristía en nuestra vida.

Además, la presencia entre vosotros de algunos representantes de los Adoradores de la Eucaristía y la alusión que usted, señor Cardenal Tomko, ha hecho a la Federación mundial de la Adoración nocturna me brinda la ocasión de recordar cuán positivo es el hecho de que muchos cristianos estén redescubriendo la adoración eucarística.

A este respecto, me alegra recordar la experiencia vivida el año pasado con los jóvenes en Colonia, con ocasión de la Jornada mundial de la juventud, y en la plaza de San Pedro con los niños de primera Comunión, acompañados por sus familias y catequistas.

¡Cuánta necesidad tiene la humanidad actual de redescubrir en el Sacramento eucarístico la fuente de su esperanza! Doy gracias al Señor porque muchas parroquias, además de la fervorosa celebración de la santa misa, están impulsando a los fieles a la adoración eucarística y deseo que, también con vistas al próximo Congreso eucarístico internacional, esta práctica se difunda cada vez más.

Queridos hermanos y hermanas, como es sabido, la próxima exhortación postsinodal estará dedicada a la Eucaristía. Recogerá las indicaciones propuestas en el último Sínodo de los obispos, dedicado precisamente al Misterio eucarístico, y estoy seguro de que también este documento ayudará a la Iglesia a preparar y celebrar con participación interior el Congreso eucarístico, que tendrá lugar en junio de 2008.

Lo encomiendo ya desde ahora a la Virgen María, primera e incomparable adoradora de Cristo eucarístico. Que la Virgen os proteja y acompañe a cada uno de vosotros, a vuestras comunidades, y haga fecundo el trabajo que estáis realizando con vistas a ese importante acontecimiento eclesial de Quebec. Por mi parte, os aseguro un recuerdo en la oración y os bendigo a todos de corazón.

Benedicto XVI
Discurso a la Asamblea Plenaria del Comité Pontificio
para los Congresos Eucarísticos Internacionales
9 de noviembre de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

JULIO

JULIO

Para que crezca el número de quienes, como voluntarios, prestan sus servicios a la Comunidad cristiana con generosa y pronta disponibilidad.

Queridos amigos:

Con mucho gusto he venido a visitaros en medio del clima de las festividades navideñas y al inicio de un nuevo año, que deseo transcurra serenamente para todos. El ambiente navideño hace aún más familiar este encuentro, que se realiza en un lugar significativo de la ciudad de Roma: un lugar lleno de humanidad.

(...)

Mi saludo más cordial se dirige a vosotros que diariamente gozáis del servicio de este comedor de la *Cáritas*, y con el pensamiento quisiera abrazar a todos vuestros amigos que, procedentes de casi todos los países del mundo, están presentes en esta ciudad.

En este comedor, que en cierto modo podría considerarse el símbolo de la *Cáritas* de Roma, en esta *posada*, como ha dicho vuestra portavoz, se puede palpar la presencia de Cristo en el hermano que tiene hambre y en el que le da de comer. Aquí se puede experimentar que, cuando amamos al prójimo, conocemos mejor a Dios, pues en la cueva de Belén él se manifestó a nosotros en la pobreza de un recién nacido necesitado de todo.

El mensaje de la Navidad es sencillo: Dios ha venido a nosotros porque nos ama y espera nuestro amor. Dios es amor: no un amor sentimental, sino un amor que se ha hecho entrega total hasta el sacrificio de la cruz, comenzando por el nacimiento en la cueva de Belén.

De este amor, realista y divino, nos habla el hermoso pesebre que habéis querido montar dentro de vuestro comedor, y que hace poco he podido admirar. En su sencillez, el pesebre nos dice

que el amor y la pobreza van juntos, como enseña también un gran enamorado de Cristo, san Francisco de Asís. En la Navidad Dios se ha hecho hombre, porque se interesa por el hombre, por todo hombre.

San Gregorio Nacianceno dijo que se ha hecho hombre porque quería experimentar personalmente lo que es ser hombre, lo que significa vivir realmente la pobreza. El gran Dios quería experimentar personalmente la vida humana, todos los sufrimientos y todas las necesidades humanas. Recién nacido, fue recostado en el pesebre de Belén, palabra que, como sabéis, significa "la casa del pan". En realidad, Jesús, "el pan bajado del cielo", "el pan de vida" (cf. Jn 6,32-51), se hace visible cada día de algún modo en este comedor, donde no sólo se quiere dar de comer - ciertamente, comer es importante -, sino que también se quiere servir a la persona, sin distinción de raza, religión y cultura. "El hombre que sufre nos pertenece", decía mi inolvidable predecesor Juan Pablo II, al cual precisamente hoy hemos dedicado este comedor. Desde la cueva de Belén, desde todo belén se difunde un anuncio destinado a todos: Jesús nos ama y nos enseña a amar, nos impulsa a amar.

Ojalá que los responsables, los voluntarios y todos los que frecuentan el comedor experimenten la belleza de este amor; ojalá que sientan la profundidad de la alegría que deriva de él, una alegría que ciertamente es diversa de la ilusoria que nos presenta la publicidad.

Dentro de poco concluiremos este encuentro elevando al Señor nuestra oración. El conoce muy bien las necesidades materiales y espirituales de todos los presentes. Yo quisiera pedirle, en particular, que siga protegiendo a todos los que en la *Cáritas* romana realizan una valiosa obra de solidaridad, aquí y en otros lugares de la ciudad. Que el Espíritu Santo impulse el corazón de los responsables y de todos los colaboradores y voluntarios, para que desempeñen su servicio con una entrega cada vez más consciente,

inspirándose en el auténtico estilo del amor cristiano, que los santos de la caridad resumieron en el lema: *el bien hay que hacerlo bien*.

Que sobre todos vele con amor solícito la Virgen María, Madre de la Iglesia, Madre de cada uno de nosotros.

De corazón os bendigo a todos.

Benedicto XVI

Alocución durante la visita

al Comedor de la Cáritas de Roma, 4 de enero de 2007

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa ritual de la Confirmación (MR).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Pondré sobre vosotros un espíritu nuevo: Ez 36,24-28.

Salmo responsorial: Envía, Señor, tu Espíritu y renueva la faz de la tierra: Salmo 103.

Segunda lectura: Las diversas manifestaciones del Espíritu: 1Co 12,4-13.

Evangelio: Los que escuchan la palabra con corazón bueno y sincero: Lc 8,4-15.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Qué servicios necesita una comunidad cristiana?
2. Con frecuencia se dice que las personas dispuestas a prestar sus servicios son siempre las mismas. ¿Cómo remediarlo?
3. ¿Qué servicio exige más discreción?

ORACION - MEDITACION

Los colaboradores

33. Por lo que se refiere a los colaboradores que desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia, ya se ha dicho lo esencial: no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. Ga 5,6). Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser lo que se dice en la *Segunda carta a los Corintios*: "Nos apremia el amor de Cristo" (5,14). La conciencia de que, en El, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para El y, con El, para los demás. Quien ama a Cristo ama a la Iglesia y quiere que ésta sea cada vez más expresión e instrumento del amor que proviene de El. El colaborador de toda organización caritativa católica quiere trabajar con la Iglesia y, por tanto, con el Obispo, con el fin de que el amor de Dios se difunda en el mundo. Por su participación en el servicio de amor de la Iglesia, desea ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien a los hombres gratuitamente.

Benedicto XVI

Carta Encíclica "Deus Caritas Est", 25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que la Jornada Mundial de la Juventud que se celebra en Sydney, Australia, encienda en los jóvenes el fuego del amor divino y los transforme en sembradores de esperanza para una nueva humanidad.

(...)

"Atreverse a amar" siguiendo el ejemplo de los santos

Queridos jóvenes, quisiera invitaros a "atreverse a amar", a no desear más que un amor fuerte y hermoso, capaz de hacer de toda vuestra vida una gozosa realización del don de vosotros mismos a Dios y a los hermanos, imitando a Aquél que, por medio del amor, ha vencido para siempre el odio y la muerte (cf. Ap 5,13). El amor es la única fuerza capaz de cambiar el corazón del hombre y de la humanidad entera, haciendo fructíferas las relaciones entre hombres y mujeres, entre ricos y pobres, entre culturas y civilizaciones. De esto da testimonio la vida de los Santos, verdaderos amigos de Dios, que son cauce y reflejo de este amor originario. Esforzáos en conocerlos mejor, encomendáos a su intercesión, intentad vivir como ellos. Me limito a citar a la Madre Teresa que, para corresponder con prontitud al grito de Cristo "Tengo sed", grito que la había conmovido profundamente, comenzó a recoger a los moribundos de las calles de Calcuta, en la India. Desde entonces, el único deseo de su vida fue saciar la sed de amor de Jesús, no de palabra, sino con obras concretas, reconociendo su rostro desfigurado, sediento de amor, en el rostro de los más pobres entre los pobres. La Beata Teresa puso en práctica la enseñanza del Señor: *"Cada vez que lo hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis"* (Mt 25,40). Y el mensaje de esta humilde testigo del amor se ha difundido por el mundo entero.

El secreto del amor

Cada uno de nosotros, queridos amigos, puede llegar a este grado de amor, pero solamente con la ayuda indispensable de la

gracia divina. Sólo la ayuda del Señor nos permite superar el desaliento ante la tarea enorme por realizar y nos infunde el valor de llevar a cabo lo que humanamente es impensable. La gran escuela del amor es, sobre todo, la Eucaristía. Cuando se participa regularmente y con devoción en la Santa Misa, cuando se transcurre en compañía de Jesús eucarístico largos ratos de adoración, es más fácil comprender lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo de su amor, que supera todo conocimiento (cf. Ef 3,17-18). Además, el compartir el Pan eucarístico con los hermanos de la comunidad eclesial nos impulsa a convertir "con prontitud" el amor de Cristo en generoso servicio a los hermanos, como lo hizo la Virgen con Isabel.

Hacia el encuentro de Sydney

A este respecto, resulta iluminadora la exhortación del apóstol Juan: "*Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad*" (1Jn 3,18-19). Queridos jóvenes, con este espíritu os invito a vivir la próxima Jornada Mundial de la Juventud junto con vuestros Obispos en las propias diócesis. Esta representará una etapa importante hacia el encuentro de Sydney, cuyo tema será: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos"(cf. Hch 1,8). María, Madre de Cristo y de la Iglesia, os ayude a hacer resonar en todas partes el grito que ha cambiado el mundo: "¡Dios es amor!". Os acompaño con la oración y os bendigo de corazón.

Benedicto XVI
Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión
de la XXII Jornada Mundial de la Juventud 2007
27 de enero de 2007

© Copyright 2007 - Libreria Editrice Vaticana

AGOSTO

AGOSTO

Para que la familia humana sepa respetar el plan de Dios sobre el mundo y sea cada vez más consciente del gran don de Dios que representa la creación para nosotros.

Salmo 135,1-6

Himno pascual

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Ha sido llamado "el gran Hallel", es decir, la alabanza solemne y grandiosa que el judaísmo entonaba durante la liturgia pascual. Hablamos del salmo 135, cuya primera parte acabamos de escuchar, según la división propuesta por la *liturgia de las Vísperas* (cf. vv. 1-9).

Reflexionemos ante todo en el estribillo: "Es eterna su misericordia". En esa frase destaca la palabra "misericordia", que en realidad es una traducción legítima, pero limitada, del vocablo originario hebreo *hesed*. En efecto, este vocablo forma parte del lenguaje característico que usa la Biblia para hablar de la relación que existe entre Dios y su pueblo. El término trata de definir las actitudes que se establecen dentro de esa relación: la fidelidad, la lealtad, el amor y, evidentemente, la misericordia de Dios.

Aquí tenemos la representación sintética del vínculo profundo e interpersonal que instaura el Creador con su criatura. Dentro de esa relación, Dios no aparece en la Biblia como un Señor impasible e implacable, ni como un ser oscuro e indescifrable, semejante al hado, contra cuya fuerza misteriosa es inútil luchar. Al contrario, él se manifiesta como una persona que ama a sus criaturas, vela por ellas, las sigue en el camino de la historia y sufre por las infidelidades que a menudo el pueblo opone a su *hesed*, a su amor misericordioso y paterno.

2. El primer signo visible de esta caridad divina - dice el salmista - ha de buscarse en la creación. Luego entrará en escena la historia. La mirada, llena de admiración y asombro, se detiene ante todo en la creación: los cielos, la tierra, las aguas, el sol, la luna y las estrellas.

Antes de descubrir al Dios que se revela en la historia de un pueblo, hay una revelación cósmica, al alcance de todos, ofrecida a toda la humanidad por el único Creador, "Dios de los dioses" y "Señor de los señores" (vv. 2-3).

Como había cantado el salmo 18, "el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra" (vv. 2-3). Así pues, existe un mensaje divino, grabado secretamente en la creación y signo del *hesed*, de la fidelidad amorosa de Dios, que da a sus criaturas el ser y la vida, el agua y el alimento, la luz y el tiempo.

Hay que tener ojos limpios para captar esta revelación divina, recordando lo que dice el *libro de la Sabiduría*: "De la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor" (Sb 13,5; cf. Rm 1,20). Así, la alabanza orante brota de la contemplación de las "maravillas" de Dios (cf. Sal 135,4), expuestas en la creación, y se transforma en gozoso himno de alabanza y acción de gracias al Señor.

3. Por consiguiente, de las obras creadas se asciende hasta la grandeza de Dios, hasta su misericordia amorosa. Es lo que nos enseñan los Padres de la Iglesia, en cuya voz resuena la constante *Tradición* cristiana.

Así, san Basilio Magno, en una de las páginas iniciales de su primera homilía sobre el *Exameron*, en la que comenta el relato de la creación según el capítulo primero del libro del *Génesis*, se detiene a considerar la acción sabia de Dios, y llega a reconocer en

la bondad divina el centro propulsor de la creación. He aquí algunas expresiones tomadas de la larga reflexión del santo obispo de Cesarea de Capadocia:

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra". Mi palabra se rinde abrumada por el asombro ante este pensamiento" (1, 2, 1: *Sulla Genesi*, en *Omellie sull'Esamerone*, Milán 1990, pp. 9. 11). En efecto, aunque algunos, "engañados por el ateísmo que llevaban en su interior, imaginaron que el universo no tenía guía ni orden, como si estuviera gobernado por la casualidad", el escritor sagrado "en seguida nos ha iluminado la mente con el nombre de Dios al inicio del relato, diciendo: "En el principio creó Dios". Y ¡qué belleza hay en este orden!" (1, 2, 4: *ib.*, p. 11). "Así pues, si el mundo tiene un principio y ha sido creado, busca al que lo ha creado, busca al que le ha dado inicio, al que es su Creador. (...) Moisés nos ha prevenido con su enseñanza imprimiendo en nuestras almas como sello y filacteria el santísimo nombre de Dios, cuando dijo: "En el principio creó Dios". La naturaleza bienaventurada, la bondad sin envidia, el que es objeto de amor por parte de todos los seres racionales, la belleza más deseable que ninguna otra, el principio de los seres, la fuente de la vida, la luz intelectual, la sabiduría inaccesible, es decir, Dios que "en el principio creó los cielos y la tierra" (1, 2, 6-7: *ib.*, p. 13).

Creo que las palabras de este Santo Padre del siglo IV tienen una actualidad sorprendente cuando dice: "Algunos, engañados por el ateísmo que llevaban en su interior, imaginaron que el universo no tenía guía ni orden, como si estuviera gobernado por la casualidad". ¡Cuántos son hoy los que piensan así! Engañados por el ateísmo, consideran y tratan de demostrar que es científico pensar que todo carece de guía y de orden, como si estuviera gobernado por la casualidad. El Señor, con la sagrada Escritura, despierta la razón que duerme y nos dice: "En el inicio está la Palabra creadora. Y la Palabra creadora que está en el inicio - la Palabra que lo ha creado

todo, que ha creado este proyecto inteligente que es el cosmos - es también amor".

Por consiguiente, dejémonos despertar por esta Palabra de Dios; pidamos que esta Palabra ilumine también nuestra mente, para que podamos captar el mensaje de la creación - inscrito también en nuestro corazón: que el principio de todo es la Sabiduría creadora, y que esta Sabiduría es amor, es bondad; "es eterna su misericordia".

*Benedicto XVI
Audiencia General
9 de noviembre de 2005*

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa para después de la cosecha (MR, Misas por varias necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Acuérdate del Señor, que te ha dado las riquezas de la tierra: Dt 8,7-18.

Salmo responsorial: Tu nombre es grande Señor en toda la tierra: Sal 8.

Segunda lectura: No podemos llevarnos los bienes de este mundo al más allá: 1 Tm 6,6-11,17-19.

Evangelio: Usar sin afán los bienes de la tierra: Lc 12,15-21.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Por qué el respeto a la creación se ha de considerar tarea enraizada en nuestra espiritualidad cristiana?
2. ¿De qué modo podemos nosotros dar testimonio de nuestro respeto a la creación?
3. ¿Pero vale la pena?

ORACION - MEDITACION

La novedad de la fe bíblica

9. Ante todo, está la nueva imagen de Dios. En las culturas que circundan el mundo de la Biblia, la imagen de dios y de los dioses, al fin y al cabo, queda poco clara y es contradictoria en sí misma.

En el camino de la fe bíblica, por el contrario, resulta cada vez más claro y unívoco lo que se resume en las palabras de la oración fundamental de Israel, la *Shema*: "Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno" (Dt 6,4). Existe un solo Dios, que es el Creador del cielo y de la tierra y, por tanto, también es el Dios de todos los hombres. En esta puntualización hay dos elementos

singulares: que realmente todos los otros dioses no son Dios y que toda la realidad en la que vivimos se remite a Dios, es creación suya.

Ciertamente, la idea de una creación existe también en otros lugares, pero sólo aquí queda absolutamente claro que no se trata de un dios cualquiera, sino que el único Dios verdadero, El mismo, es el autor de toda la realidad; ésta proviene del poder de su Palabra creadora. Lo cual significa que estima a esta criatura, precisamente porque ha sido El quien la ha querido, quien la ha "hecho".

Y así se pone de manifiesto el segundo elemento importante: este Dios ama al hombre. La potencia divina a la cual Aristóteles, en la cumbre de la filosofía griega, trató de llegar a través de la reflexión, es ciertamente objeto de deseo y amor por parte de todo ser - como realidad amada, esta divinidad mueve el mundo -, pero ella misma no necesita nada y no ama, sólo es amada. El Dios único en el que cree Israel, sin embargo, ama personalmente.

Su amor, además, es un amor de predilección: entre todos los pueblos, El escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar precisamente de este modo a toda la humanidad. El ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como *eros* que, no obstante, es también totalmente *agapé*.

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est"
25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que se promueva y alimente la respuesta de todo el pueblo de Dios a la común vocación a la santidad y a la misión, con un atento discernimiento de los carismas y un constante empeño de formación espiritual y cultural.

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, en la basílica de San Pedro, han sido proclamados beatos los siervos de Dios *Carlos de Foucauld*, presbítero; *María Pía Mastena*, fundadora de las Religiosas de la Santa Faz; y *María Crucificada Curcio*, fundadora de la congregación de las Religiosas Carmelitas Misioneras de Santa Teresa del Niño Jesús. Se suman a la numerosa multitud de beatos que, durante el pontificado de Juan Pablo II, fueron propuestos a la veneración de las comunidades eclesiales en las que vivieron, con la certeza de lo que el concilio ecuménico Vaticano II subrayó con fuerza, es decir, que todos los bautizados están llamados a la perfección de la vida cristiana: sacerdotes, religiosos y laicos, cada uno según su carisma y su vocación específica.

En efecto, el Concilio prestó gran atención al papel de los fieles laicos, dedicándoles todo un capítulo - el cuarto - de la constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia, para definir su vocación y su misión, enraizadas en el bautismo y en la confirmación, y orientadas a "buscar el reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios" (n. 31). El 18 de noviembre de 1965, los padres aprobaron un decreto específico sobre el apostolado de los laicos, *Apostolicam actuositatem*. En él se subraya, ante todo, que "la fecundidad del apostolado de los laicos depende de su unión vital con Cristo" (n. 4), es decir, de una sólida espiritualidad, alimentada por la participación activa en la liturgia y expresada en el estilo de las bienaventuranzas evangélicas. Además, para los laicos son de gran importancia la competencia profesional,

el sentido de la familia, el sentido cívico y las virtudes sociales. Aunque es verdad que están llamados individualmente a dar su testimonio personal, particularmente valioso allí donde la libertad de la Iglesia encuentra obstáculos, sin embargo, el Concilio insiste en la importancia del apostolado organizado, necesario para influir en la mentalidad general, en las condiciones sociales y en las instituciones (cf. *ib.*, 18). A este respecto, los padres impulsaron las múltiples asociaciones de laicos, insistiendo también en su formación para el apostolado. Al tema de la vocación y la misión de los laicos el amado Papa Juan Pablo II quiso dedicar la Asamblea sinodal de 1987, tras la cual se publicó la exhortación apostólica *Christifideles laici*.

Antes de concluir, quisiera recordar que el pasado domingo, en la catedral de Vicenza, fue beatificada una madre de familia, *Eurosia Fabris*, llamada "mamá Rosa", modelo de vida cristiana en su estado laical. A todos los que ya están en la patria celestial, a todos nuestros santos y, en primer lugar, a María santísima y a su esposo san José, les encomendamos todo el pueblo de Dios, para que crezca en cada bautizado la conciencia de estar llamado a trabajar con tesón y con fruto en la viña del Señor.

Benedicto XVI
Angelus
13 de noviembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

SEPTIEMBRE

SEPTIEMBRE

Para que quienes, a causa de las guerras o de los regímenes totalitarios, se ven obligados a abandonar la propia casa y la propia patria sean apoyados por los cristianos en la defensa y tutela de sus derechos.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Con ocasión de la próxima Jornada Mundial del emigrante y el refugiado, con la mirada puesta en la Santa Familia de Nazaret, icono de todas las familias, querría invitarlos a reflexionar sobre la situación de la familia emigrante. El evangelista Mateo narra que, poco tiempo después del nacimiento de Jesús, José se vio obligado a salir de noche hacia Egipto llevando consigo al niño y a su madre, para huir de la persecución del rey Herodes (cf. Mt 2,13-15). Comentando esta página evangélica, mi venerado Predecesor, el Siervo de Dios Papa Pío XII, escribió en 1952: "La familia de Nazaret en exilio, Jesús, María y José, emigrantes en Egipto y allí refugiados para sustraerse a la ira de un rey impío, son el modelo, el ejemplo y el consuelo de los emigrantes y peregrinos de cada época y País, de todos los prófugos de cualquier condición que, acuciados por las persecuciones o por la necesidad, se ven obligados a abandonar la patria, la amada familia y los amigos entrañables para dirigirse a tierras extranjeras" (*Exsul familia*, AAS 44, 1952, 649). En el drama de la Familia de Nazaret, obligada a refugiarse en Egipto, percibimos la dolorosa condición de todos los emigrantes, especialmente de los refugiados, de los desterrados, de los evacuados, de los prófugos, de los perseguidos. Percibimos las dificultades de cada familia emigrante, las penurias, las humillaciones, la estrechez y la fragilidad de millones y millones de emigrantes, prófugos y refugiados. La Familia de Nazaret refleja la imagen de Dios custodiada en el corazón de cada familia humana, si bien desfigurada y debilitada por la emigración.

El tema de la próxima Jornada Mundial del emigrante y el refugiado – *La familia emigrante* – se sitúa en continuidad con los del 1980, 1986 y 1993, y pretende acentuar ulteriormente el compromiso de la Iglesia no sólo a favor del individuo emigrante, sino también de su familia, lugar y recurso de la cultura de la vida y principio de integración de valores. Muchas son las dificultades que encuentra la familia del emigrante. La lejanía de sus componentes y la frustrada reunificación son a menudo ocasión de ruptura de los vínculos originarios. Se establecen nuevas relaciones y nacen nuevos afectos; se olvida el pasado y los propios deberes, puestos a dura prueba por la distancia y la soledad. Si no se garantiza a la familia inmigrada una real posibilidad de inserción y participación, es difícil prever su desarrollo armónico. La Convención internacional sobre la protección de los derechos de todos los trabajadores migratorios y de sus familiares, entrada en vigencia el 1 de julio de 2003, pretende tutelar los trabajadores y trabajadoras emigrantes y los miembros de las respectivas familias. Se reconoce, por tanto, el valor de la familia también en lo que atañe a la emigración, fenómeno ahora estructural de nuestras sociedades. La Iglesia anima la ratificación de los instrumentos legales internacionales propuestos para defender los derechos de los emigrantes, de los refugiados y de sus familias, y ofrece, en varias de sus Instituciones y Asociaciones, aquella *advocacy* que se hace cada vez más necesaria. Se han abierto, para tal fin, centros de escucha para emigrantes, casas para su acogida, oficinas de servicios para las personas y las familias, y se han puesto en marcha otras iniciativas para satisfacer las crecientes exigencias en este campo.

Actualmente, se está trabajando mucho por la integración de las familias de los inmigrantes, no obstante quede aún tanto por hacer. Existen dificultades efectivas relacionadas con algunos "mecanismos de defensa" de la primera generación inmigrada, que pueden llegar a constituir un obstáculo para una subsiguiente maduración de los jóvenes de la segunda generación. Es por tanto necesario predisponer acciones legislativas, jurídicas y sociales para

facilitar dicha integración. En estos últimos tiempos ha aumentado el número de mujeres que abandonan el País de origen en busca de mejores condiciones de vida, en pos de perspectivas profesionales más alentadoras. Pero no son pocas las mujeres que terminan siendo víctimas del tráfico de seres humanos y de la prostitución. En las reunificaciones familiares las asistentes sociales, en particular las religiosas, pueden llevar a cabo un beneficioso servicio de mediación, digno de una creciente valorización.

En cuanto al tema de la integración de las familias de los inmigrantes, siento el deber de llamar la atención sobre las familias de los refugiados, cuyas condiciones parecen empeorar con respecto al pasado, también por lo que atañe a la reunificación de los núcleos familiares. En los territorios destinados a su acogida, junto a las dificultades logísticas, y personales, asociadas a los traumas y el estrés emocional por las trágicas experiencias vividas, a veces se suma el riesgo de la implicación de mujeres y niños en la explotación sexual como mecanismo de supervivencia. En estos casos, es necesaria una atenta presencia pastoral que, además de prestar asistencia capaz de aliviar las heridas del corazón, ofrezca por parte de la comunidad cristiana un apoyo capaz de restablecer la cultura del respeto y redescubrir el verdadero valor del amor. Es preciso animar, a todo aquel que está destruido interiormente, a recuperar la confianza en sí mismo. Es necesario, en fin, comprometerse para garantizar los derechos y la dignidad de las familias, y asegurarles un alojamiento conforme a sus exigencias. A los refugiados se les pide que cultiven una actitud abierta y positiva hacia la sociedad que los acoge, manteniendo una disponibilidad activa a las propuestas de participación para construir juntos una comunidad integrada, que sea "casa común" de todos.

Entre los emigrantes existe una categoría que debemos considerar de forma especial: los estudiantes de otros Países, que se hallan lejos de su hogar, sin un adecuado conocimiento del idioma, a veces carentes de amistades, y a menudo dotados con becas

insuficientes. Su condición se agrava cuando se trata de estudiantes casados. Con sus Instituciones, la Iglesia se esfuerza por hacer menos dolorosa la ausencia del apoyo familiar de estos jóvenes estudiantes, ayudándolos a integrarse en las ciudades que les reciben, poniéndolos en contacto con familias dispuestas a acogerles y a facilitar el conocimiento recíproco. Como he dicho en otra ocasión, la ayuda a los estudiantes extranjeros es "un importante campo de acción pastoral. Sin lugar a dudas, los jóvenes que por motivos de estudio abandonan el propio País se enfrentan a numerosos problemas, sobre todo al riesgo de una crisis de identidad" (*L'Osservatore Romano*, 15 de diciembre de 2005).

Queridos hermanos y hermanas, pueda la Jornada Mundial del emigrante y el refugiado convertirse en una ocasión útil para sensibilizar las comunidades eclesiales y la opinión pública acerca de las necesidades y problemas, así como de las potencialidades positivas, de las familias emigrantes. Dirijo de modo especial mi pensamiento a quienes están comprometidos directamente con el vasto fenómeno de la migración, y aquellos que emplean sus energías pastorales al servicio de la movilidad humana. La palabra del apóstol Pablo: "*caritas Christi urget nos*" (2Co 5,14) los anime a donarse, con preferencia, a los hermanos y hermanas más necesitados. Con estos sentimientos, invoco sobre cada uno la divina asistencia, y a todos imparto con cariño una especial Bendición Apostólica.

Benedicto XVI
Mensaje para la XCIII Jornada Mundial
del Emigrante y el Refugiado (2007)
18 de octubre de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa por los emigrantes o por los prófugos (MR, Misas por diversas necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: El Señor ama al forastero, le da pan y vestido: Dt 10,17-19.

Salmo responsorial: Bendito sea el Señor que no abandona al pobre: Tb 12,8-16.

Segunda lectura: Sed presurosos en la hospitalidad: Rm 12,9-16.

Evangelio: ¿Quién es mi prójimo? Lc 10,25-37.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Cuáles son los problemas inmediatos que inciden en los refugiados establecidos en tu ciudad o en tu país?
2. ¿Qué organizaciones ayudan a resolver estos problemas?
3. ¿Qué contribución podría aportar una comunidad local?

ORACION - MEDITACION

Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí

15. Las grandes parábolas de Jesús han de entenderse también a partir de este principio. El rico epulón (cf. Lc 16,19-31) suplica desde el lugar de los condenados que se advierta a sus hermanos de lo que sucede a quien ha ignorado frívolamente al pobre necesitado. Jesús, por decirlo así, acoge este grito de ayuda y se hace eco de él para ponernos en guardia, para hacernos volver al recto camino. La parábola del buen Samaritano (cf. Lc 10,25-37) nos lleva sobre todo a dos aclaraciones importantes. Mientras el concepto de "prójimo" hasta entonces se refería esencialmente a los conciudadanos y a los extranjeros que se establecían en la tierra de Israel, y por tanto a la comunidad compacta de un país o de un pueblo, ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora. La Iglesia tiene siempre el deber de interpretar cada vez esta relación entre lejanía y proximidad, con vistas a la vida práctica de sus miembros. En fin, se ha de recordar de modo particular la gran parábola del Juicio final (cf. Mt 25,31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. "Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis" (Mt 25,40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.

Benedicto XVI

Carta Encíclica "Deus Caritas Est", 25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que todas las familias cristianas, fieles al sacramento del matrimonio, cultiven los valores del amor y de la comunidad, de modo que sean una pequeña comunidad evangelizadora, abierta y sensible a las necesidades materiales y espirituales de los hermanos.

Queridos hermanos y hermanas:

En este último domingo del año celebramos la *fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret*. Con alegría dirijo un saludo a todas las familias del mundo, deseándoles la paz y el amor que Jesús nos ha dado al venir a nosotros en la Navidad.

En el Evangelio no encontramos discursos sobre la familia, sino *un acontecimiento* que vale más que cualquier palabra: Dios *quiso nacer y crecer en una familia humana*. De este modo, la consagró como camino primero y ordinario de su encuentro con la humanidad.

En su vida transcurrida en Nazaret, Jesús honró a la Virgen María y al justo José, permaneciendo sometido a su autoridad durante todo el tiempo de su infancia y su adolescencia (cf. Lc 2,51-52). Así puso de relieve el valor primario de la familia en la educación de la persona. María y José introdujeron a Jesús en la comunidad religiosa, frecuentando la sinagoga de Nazaret. Con ellos aprendió a hacer la peregrinación a Jerusalén, como narra el pasaje evangélico que la liturgia de hoy propone a nuestra meditación. Cuando tenía doce años, permaneció en el Templo, y sus padres emplearon tres días para encontrarlo. Con ese gesto les hizo comprender que debía "ocuparse de las cosas de su Padre", es decir, de la misión que Dios le había encomendado (cf. Lc 2,41-52).

Este episodio evangélico revela la vocación más auténtica y profunda de la familia: acompañar a cada uno de sus componentes en el camino de descubrimiento de Dios y del plan que ha preparado para él. María y José educaron a Jesús ante todo con su ejemplo: en sus padres conoció toda la belleza de la fe, del amor a Dios y a su Ley, así como las exigencias de la justicia, que encuentra su plenitud en el amor (cf. Rm 13,10). De ellos aprendió que en primer lugar es preciso cumplir la voluntad de Dios, y que el vínculo espiritual vale más que el de la sangre.

La Sagrada Familia de Nazaret es verdaderamente el "prototipo" de toda familia cristiana que, unida en el sacramento del matrimonio y alimentada con la Palabra y la Eucaristía, está llamada a realizar la estupenda vocación y misión de ser célula viva no sólo de la sociedad, sino también de la Iglesia, signo e instrumento de unidad para todo el género humano.

Invoquemos ahora juntos la protección de María santísima y de san José sobre todas las familias, especialmente sobre las que se encuentran en dificultades. Que ellos las sostengan, para que resistan a los impulsos disgregadores de cierta cultura contemporánea, que socava las bases mismas de la institución familiar. Que ellos ayuden a las familias cristianas a ser, en todo el mundo, imagen viva del amor de Dios.

Benedicto XVI
Angelus
31 de diciembre de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

OCTUBRE

OCTUBRE

Para que el Sínodo de los Obispos ayude a los pastores y a los teólogos, a los catequistas y a los animadores, empeñados al servicio de la Palabra de Dios, a transmitir con valentía las verdades de la fe, en comunión con toda la Iglesia.

(...)

"Permaneced firmes en la fe". Acabamos de escuchar las palabras de Jesús: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad" (Jn 14,15-17). Con estas palabras Jesús revela la profunda relación que existe entre la fe y la profesión de la Verdad divina, entre la fe y la entrega a Jesucristo en el amor, entre la fe y la práctica de una vida inspirada en los mandamientos. Estas tres dimensiones de la fe son fruto de la acción del Espíritu Santo. Esta acción se manifiesta como fuerza interior que armoniza los corazones de los discípulos con el Corazón de Cristo y los hace capaces de amar a los hermanos como él los ha amado. Así, la fe es un don, pero al mismo tiempo es una tarea.

"El os dará otro Consolador, el Espíritu de la verdad". La fe, como conocimiento y profesión de la verdad sobre Dios y sobre el hombre, "viene de la predicación, y la predicación, por la palabra de Cristo", dice san Pablo (Rm 10,17). A lo largo de la historia de la Iglesia, los Apóstoles predicaron la palabra de Cristo, preocupándose de entregarla intacta a sus sucesores, quienes a su vez la transmitieron a las generaciones sucesivas, hasta nuestros días. Muchos predicadores del Evangelio han dado la vida precisamente a causa de la fidelidad a la verdad de la palabra de Cristo. Así, de la solicitud por la verdad nació la Tradición de la Iglesia.

Al igual que en los siglos pasados, también hoy hay personas o ambientes que, descuidando esta Tradición de siglos, quisieran falsificar la palabra de Cristo y quitar del Evangelio las verdades que, según ellos, son demasiado incómodas para el hombre moderno. Se trata de dar la impresión de que todo es relativo: incluso las verdades de la fe dependerían de la situación histórica y del juicio humano. Pero la Iglesia no puede acallar al Espíritu de la verdad. Los sucesores de los apóstoles, juntamente con el Papa, son los responsables de la verdad del Evangelio, y también todos los cristianos están llamados a compartir esta responsabilidad, aceptando sus indicaciones autorizadas.

Todo cristiano debe confrontar continuamente sus propias convicciones con los dictámenes del Evangelio y de la Tradición de la Iglesia, esforzándose por permanecer fiel a la palabra de Cristo, incluso cuando es exigente y humanamente difícil de comprender. No debemos caer en la tentación del relativismo o de la interpretación subjetiva y selectiva de las sagradas Escrituras. Sólo la verdad íntegra nos puede llevar a la adhesión a Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación.

En efecto, Jesucristo dice: "Si me amáis...". La fe no significa sólo aceptar cierto número de verdades abstractas sobre los misterios de Dios, del hombre, de la vida y de la muerte, de las realidades futuras. La fe consiste en una relación íntima con Cristo, una relación basada en el amor de Aquel que nos ha amado primero (cf. 1Jn 4,11) hasta la entrega total de sí mismo. "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm 5,8). ¿Qué otra respuesta podemos dar a un amor tan grande sino un corazón abierto y dispuesto a amar? Pero, ¿qué quiere decir amar a Cristo? Quiere decir fiarse de él, incluso en la hora de la prueba, seguirlo fielmente incluso en el camino de la cruz, con la esperanza de que pronto llegará la mañana de la resurrección.

Si confiamos en Cristo no perdemos nada, sino que lo ganamos todo. En sus manos nuestra vida adquiere su verdadero sentido. El amor a Cristo lo debemos expresar con la voluntad de sintonizar nuestra vida con los pensamientos y los sentimientos de su Corazón. Esto se logra mediante la unión interior, basada en la gracia de los sacramentos, reforzada con la oración continua, la alabanza, la acción de gracias y la penitencia. No puede faltar una atenta escucha de las inspiraciones que él suscita a través de su palabra, a través de las personas con las que nos encontramos, a través de las situaciones de la vida diaria. Amarlo significa permanecer en diálogo con él, para conocer su voluntad y realizarla diligentemente.

Pero vivir nuestra fe como relación de amor con Cristo significa también estar dispuestos a renunciar a todo lo que constituye la negación de su amor. Por este motivo, Jesús dijo a los Apóstoles: "Si me amáis guardaréis mis mandamientos". Pero, ¿cuáles son los mandamientos de Cristo? Cuando el Señor Jesús enseñaba a las muchedumbres, no dejó de confirmar la ley que el Creador había inscrito en el corazón del hombre y que luego había formulado en las tablas del Decálogo. "No penséis que he venido a abolir la ley y los profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una "i" o una tilde de la ley sin que todo suceda" (Mt 5,17-18). Ahora bien, Jesús nos mostró con nueva claridad el centro unificador de las leyes divinas reveladas en el Sinaí, es decir, el amor a Dios y al prójimo: "Amar (a Dios) con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios" (Mc 12,33).

Más aún, Jesús en su vida y en su misterio pascual cumplió toda la ley. Uniéndose a nosotros a través del don del Espíritu Santo, lleva con nosotros y en nosotros el "yugo" de la ley, que así se convierte en una "carga ligera" (Mt 11,30). Con este espíritu, Jesús

formuló la lista de las actitudes interiores de quienes tratan de vivir profundamente la fe: Bienaventurados los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa de la justicia (cf. Mt 5,3-12).

Queridos hermanos y hermanas, la fe en cuanto adhesión a Cristo se manifiesta como amor que impulsa a promover el bien que el Creador ha inscrito en la naturaleza de cada uno de nosotros, en la personalidad de todo ser humano y en todo lo que existe en el mundo. Quien cree y ama se convierte de este modo en constructor de la verdadera "civilización del amor", de la que Cristo es el centro.

Hace 27 años, en este lugar, Juan Pablo II dijo: "Polonia se ha convertido en nuestros tiempos en tierra de testimonio especialmente responsable" (Varsovia, 2 de junio de 1979). Conservad este rico patrimonio de fe que os han transmitido las generaciones precedentes, el patrimonio del pensamiento y del servicio de ese gran polaco que fue el Papa Juan Pablo II. Permaneced fuertes en la fe, transmitida a vuestros hijos, dad testimonio de la gracia que habéis experimentado de un modo tan abundante a través del Espíritu Santo en vuestra historia. Que María, Reina de Polonia, os muestre el camino hacia su Hijo y os acompañe en el camino hacia un futuro feliz y lleno de paz.

Que no falte nunca en vuestro corazón el amor a Cristo y a su Iglesia. Amén.

Benedicto XVI
Viaje Apostólico a Polonia, 26 de mayo de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa de la Santísima Virgen María, en tiempo de Navidad (MR).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz: Is 9,1-7.

Salmo responsorial: Tu palabra, Señor, es luz para mi sendero: Sal 119,105-112.

Segunda lectura: La nueva Jerusalén: Ap 21,1-5.

Evangelio: Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen: Lc 11,27-28.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Qué haces tú para seguir firme en la fe?
2. ¿Qué homilías aprecias más?
3. ¿Hay palabras de Jesús que te sostienen?

ORACION - MEDITACION

Jesucristo, el amor de Dios encarnado

12. Aunque hasta ahora hemos hablado principalmente del Antiguo Testamento, ya se ha dejado entrever la íntima compenetración de los dos Testamentos como única Escritura de la fe cristiana.

La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos un realismo inaudito. Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido inaudita, de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la "oveja perdida", la humanidad doliente y extraviada.

Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical.

Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19,37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: "Dios es amor" (1Jn 4,8). Es allí,

en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est"
25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que en este mes, dedicado a las misiones, a través de la animación de las Obras Pontificias Misionales y de otros organismos, todas las Comunidades cristianas sientan la necesidad de participar en la misión universal de la Iglesia con la oración, el sacrificio y la ayuda concreta.

2. Por consiguiente, toda comunidad cristiana está llamada a dar a conocer a Dios, que es Amor. Sobre este misterio fundamental de nuestra fe quise reflexionar en la encíclica *Deus caritas est*. Dios penetra con su amor toda la creación y la historia humana. El hombre, en su origen, salió de las manos del Creador como fruto de una iniciativa de amor. El pecado ofuscó después en él la impronta divina. Nuestros primeros padres, Adán y Eva, engañados por el maligno, abandonaron la relación de confianza con su Señor, cediendo a la tentación del maligno, que infundió en ellos la sospecha de que él era un rival y quería limitar su libertad. De este modo, en lugar del amor gratuito divino, se prefirieron a sí mismos, convencidos de que así afirmaban su libre albedrío. Como consecuencia acabaron perdiendo la felicidad original y experimentaron la amargura de la tristeza del pecado y de la muerte.

Dios, sin embargo, no los abandonó y les prometió a ellos y a su descendencia la salvación, anunciando el envío de su Hijo unigénito, Jesús, que en la plenitud de los tiempos revelaría su amor de Padre, un amor capaz de rescatar a toda criatura humana de la esclavitud del mal y de la muerte. Así pues, en Cristo hemos recibido la vida inmortal, la misma vida de la Trinidad. Gracias a Cristo, buen Pastor, que no abandona a la oveja perdida, los hombres de todos los tiempos tienen la posibilidad de entrar en la comunión con Dios, Padre misericordioso, dispuesto a volver a acoger en su casa al hijo pródigo.

La cruz es signo sorprendente de este amor. En la muerte de Cristo en la cruz - como escribí en la encíclica *Deus caritas est* - "se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical (...). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar" (n. 12).

3. En la víspera de su pasión, Jesús dejó como testamento a los discípulos, reunidos en el Cenáculo para celebrar la Pascua, el "mandamiento nuevo del amor", "*mandatum novum*": "Lo que os mando es que os améis los unos a los otros" (Jn 15,17). El amor fraterno que el Señor pide a sus "amigos" tiene su manantial en el amor paterno de Dios. Dice el apóstol san Juan: "Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios" (1Jn 4,7). Por tanto, para amar según Dios es necesario vivir en él y de él: Dios es la primera "casa" del hombre y sólo quien habita en él arde con un fuego de caridad divina capaz de "incendiar" al mundo.

¿No es esta la misión de la Iglesia en todos los tiempos? Entonces no es difícil comprender que el auténtico celo misionero, compromiso primario de la comunidad eclesial, va unido a la fidelidad al amor divino, y esto vale para todo cristiano, para toda

comunidad local, para las Iglesias particulares y para todo el pueblo de Dios.

Precisamente de la conciencia de esta misión común toma su fuerza la generosa disponibilidad de los discípulos de Cristo para realizar obras de promoción humana y espiritual que testimonian, como escribía el amado Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris missio*, "el alma de toda la actividad misionera: el amor, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también el único criterio según el cual todo debe hacerse o no hacerse, cambiarse o no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno" (n. 60).

Así pues, ser misioneros significa amar a Dios con todo nuestro ser, hasta dar, si es necesario, incluso la vida por él. ¡Cuántos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, también en nuestros días, han dado el supremo testimonio de amor con el martirio! Ser misioneros es atender, como el buen Samaritano, las necesidades de todos, especialmente de los más pobres y necesitados, porque quien ama con el corazón de Cristo no busca su propio interés, sino únicamente la gloria del Padre y el bien del prójimo. Aquí reside el secreto de la fecundidad apostólica de la acción misionera, que supera las fronteras y las culturas, llega a los pueblos y se difunde hasta los extremos confines del mundo.

4. Queridos hermanos y hermanas, la Jornada mundial de las misiones ha de ser una ocasión útil para comprender cada vez mejor que el testimonio del amor, alma de la misión, concierne a todos, pues servir al Evangelio no debe considerarse como una aventura en solitario, sino como un compromiso compartido de toda comunidad. Junto a los que están en primera línea en las fronteras de la evangelización - pienso aquí con gratitud en los misioneros y las misioneras -, muchos otros, niños, jóvenes y adultos, contribuyen de

diversos modos, con la oración y su cooperación, a la difusión del reino de Dios en la tierra.

Es de desear que esta participación aumente cada vez más gracias a la contribución de todos. Aprovecho de buen grado esta ocasión para manifestar mi gratitud a la Congregación para la Evangelización de los pueblos y a las Obras misionales pontificias, que con gran empeño coordinan los esfuerzos realizados en todo el mundo para apoyar la acción de los que se encuentran en primera fila en las fronteras de la misión.

La Virgen María, que con su presencia junto a la cruz y con su oración en el Cenáculo colaboró activamente en los inicios de la misión eclesial, sostenga su acción y ayude a los creyentes en Cristo a ser cada vez más capaces de auténtico amor, para que en un mundo espiritualmente sediento se conviertan en manantial de agua viva. Este es el deseo que formulo de corazón, mientras envío a todos mi bendición.

*Benedicto XVI
Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones
29 de abril de 2006*

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

NOVIEMBRE

NOVIEMBRE

Para que el testimonio de amor ofrecido por los Santos fortifique a los cristianos en la entrega a Dios y al prójimo, imitando a Cristo que vino para servir y no para ser servido.

40. Contemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad. Pienso particularmente en Martín de Tours († 397), que primero fue soldado y después monje y obispo: casi como un icono, muestra el valor insustituible del testimonio individual de la caridad. A las puertas de Amiens compartió su manto con un pobre; durante la noche, Jesús mismo se le apareció en sueños revestido de aquel manto, confirmando la perenne validez de las palabras del Evangelio: "Estuve desnudo y me vestisteis... Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis" (Mt 25,36-40) (cf. Sulpicio Severo, *Vita Sancti Martini*, 3, 1-3: *SCh* 133, 256-258).

Pero ¡cuántos testimonios más de caridad pueden citarse en la historia de la Iglesia! Particularmente todo el movimiento monástico, desde sus comienzos con san Antonio Abad († 356), muestra un servicio ingente de caridad hacia el prójimo. Al confrontarse "cara a cara" con ese Dios que es Amor, el monje percibe la exigencia apremiante de transformar toda su vida en un servicio al prójimo, además de servir a Dios. Así se explican las grandes estructuras de acogida, hospitalidad y asistencia surgidas junto a los monasterios.

Se explican también las innumerables iniciativas de promoción humana y de formación cristiana destinadas especialmente a los más pobres de las que se han hecho cargo las Ordenes monásticas y Mendicantes primero, y después los diversos Institutos religiosos masculinos y femeninos a lo largo de toda la historia de la Iglesia.

Figuras de Santos como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Camilo de Lelis, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, José B. Cottolengo, Juan Bosco, Luis Orione, Teresa de Calcuta - por citar sólo algunos nombres - siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad. Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor.

41. Entre los Santos, sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. El *Evangelio de Lucas* la muestra atareada en un servicio de caridad a su prima Isabel, con la cual permaneció "unos tres meses" (1,56) para atenderla durante el embarazo.

"Magnificat anima mea Dominum", dice con ocasión de esta visita - "proclama mi alma la grandeza del Señor" - (Lc 1,46), y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. Lc 1,38-48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios.

Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas.

Es una mujer de fe: "¡Dichosa tú, que has creído!", le dice Isabel (Lc 1,45). El *Magníficat* - un retrato de su alma, por decirlo así - está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la

Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada.

María es, en fin, una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos de la infancia. Lo vemos en la delicadeza con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y lo hace presente a Jesús. Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cf. Jn 2,4; 13,1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cf. Jn 19,25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14).

42. La vida de los Santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos.

En nadie lo vemos mejor que en María. La palabra del Crucificado al discípulo - a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: "Ahí tienes a tu madre" (Jn 19,27) - se hace de nuevo verdadera en cada generación. María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su

soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de El, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial "del que manarán torrentes de agua viva" (Jn 7,38). María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. A ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor:

Santa María, Madre de Dios,
tú has dado al mundo la verdadera luz,
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios.
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así en fuente
de la bondad que mana de El.
Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia El.
Enséñanos a conocerlo y amarlo,
para que también nosotros
podamos llegar a ser capaces
de un verdadero amor
y ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento.

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus caritas est"
25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa de todos los Santos (MR, Misa del 1º de noviembre).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: vi una multitud que no se podía contar de toda nacionalidad, raza, pueblo e idioma: Ap 7,2-4,9-14.

Salmo responsorial: Felices los limpios de corazón porque verán a Dios: Sal 24 (23).

Segunda lectura: Somos realmente hijos de Dios: 1Jn 3,1-3.

Evangelio: ¡Alegráos porque es grande vuestra recompensa! Mt 5,1-12.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. En tu opinión ¿qué Santos han sido verdaderos testigos del amor de Dios? ¿Puedes nombrar a algunos?
2. ¿Cómo podemos imitarlos?
3. ¿De qué manera ha testimoniado Jesús el amor de Dios?

ORACION - MEDITACION

"Nos apremia el amor de Cristo" (2Co 5,14)

35. Este es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo - la cruz -, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo.

Esto es gracia. Cuanto más se esfuerza uno por los demás, mejor comprenderá y hará suya la palabra de Cristo: "Somos unos pobres siervos" (Lc 17,10). En efecto, reconoce que no actúa fundándose en una superioridad o mayor capacidad personal, sino porque el Señor le concede este don.

A veces, el exceso de necesidades y lo limitado de sus propias actuaciones le harán sentir la tentación del desaliento. Pero, precisamente entonces, le aliviará saber que, en definitiva, él no es más que un instrumento en manos del Señor; se liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo - algo siempre necesario - en primera persona y por sí solo. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio sólo en lo que podemos y hasta que El nos dé fuerzas. Sin embargo, hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: "Nos apremia el amor de Cristo" (2Co 5,14).

36. La experiencia de la inmensa necesidad puede, por un lado, inclinarnos hacia la ideología que pretende realizar ahora lo que, según parece, no consigue el gobierno de Dios sobre el mundo: la solución universal de todos los problemas. Por otro, puede convertirse en una tentación a la inercia ante la impresión de que, en cualquier caso, no se puede hacer nada.

En esta situación, el contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para continuar en el camino recto: ni caer en una soberbia que desprecia al hombre y en realidad nada construye, sino que más bien destruye, ni ceder a la resignación, la cual impediría dejarse guiar por el amor y así servir al hombre.

La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo. Quien reza no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo. La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello. En su carta para la Cuaresma de 1996 la beata escribía a sus colaboradores laicos: "Nosotros necesitamos esta unión íntima con Dios en nuestra vida cotidiana. Y ¿cómo podemos conseguirla? A través de la oración".

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est"
25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que las comunidades cristianas del Asia, contemplando el rostro de Cristo, sepan encontrar las vías más convenientes para anunciarlo, con plena fidelidad al Evangelio, a las poblaciones de aquel vasto Continente, rico en cultura y en antiguas formas de espiritualidad.

Queridos hermanos en el episcopado:

1. En estos primeros días de mi pontificado, me alegra daros la bienvenida a vosotros, *pastores de la Iglesia en Sri Lanka*, con ocasión de vuestra visita *ad limina Apostolorum*, la primera que tiene lugar después de mi elección. Os agradezco las amables palabras que me ha dirigido en vuestro nombre Monseñor Joseph Vianney Fernando, presidente de vuestra Conferencia episcopal. Venís de un continente particularmente marcado por su riqueza de culturas, lenguas y tradiciones (cf. *Ecclesia in Asia*, 50), y dais testimonio de la profunda fe de vuestro pueblo en Jesucristo, el único Redentor del mundo. Ruego para que vuestra peregrinación a las tumbas de los apóstoles san Pedro y san Pablo renueve vuestro compromiso de servir y anunciar con convicción a Cristo, para que vuestro pueblo crezca en el conocimiento y el amor a Aquel que vino para que "tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10).

2. En diciembre del año pasado, junto con otras innumerables personas en todo el mundo, me sentí profundamente conmovido al observar los efectos devastadores del maremoto que se cobró un gran número de víctimas sólo en Sri Lanka, y dejó a cientos de miles de personas sin hogar. Os ruego que transmitáis mis más sentidas condolencias y las de los católicos del mundo entero a todos los que han soportado tan terribles pérdidas. En el rostro de las personas afligidas por la muerte de un ser querido o que han perdido sus bienes no podemos menos de reconocer el rostro sufriente de

Cristo, y, de hecho, es a él a quien servimos cuando mostramos nuestro amor y compasión a los necesitados (cf. Mt 25,40).

La comunidad cristiana tiene la obligación particular de cuidar de los niños que han perdido a sus padres a causa del desastre natural. El reino de los cielos pertenece a estos miembros más vulnerables de la sociedad (cf. Mt 19,14), pero, muy a menudo, se los olvida simplemente o se los explota sin escrúpulos como soldados, trabajadores o víctimas inocentes del tráfico de seres humanos. No hay que escatimar ningún esfuerzo para instar a las autoridades civiles y a la comunidad internacional a combatir estos abusos y brindar a los niños la protección legal que merecen justamente.

Incluso en los momentos más oscuros de nuestra vida, sabemos que Dios jamás está ausente. San Pablo nos recuerda que "en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (Rm 8,28), y esto ha resultado evidente en la generosidad sin precedentes de la respuesta humanitaria al maremoto. Quiero elogiarlos a todos por el modo excepcional como la Iglesia en Sri Lanka se ha esforzado por afrontar las necesidades materiales, morales, psicológicas y espirituales de las víctimas. Podemos reconocer más signos de la bondad de Dios en la participación y colaboración de sectores tan diversos de la sociedad en el esfuerzo por prestar ayuda. Ha sido alentador ver a miembros de diferentes religiones y de diversos grupos étnicos en Sri Lanka y de toda la comunidad mundial reunirse para mostrar su solidaridad con las personas afectadas y redescubrir los vínculos fraternos que los unen. Estoy seguro de que encontraréis los medios para hacer aún más fecundos los resultados de esta cooperación, procurando especialmente que se preste gratuitamente ayuda a todos los necesitados.

(...)

4. Para concluir mis reflexiones con vosotros hoy, os presento la imagen de los discípulos de Emaús, recordada recientemente por mi amado predecesor para guiarnos en este Año de la Eucaristía. Cristo mismo los acompañó en su viaje. Les abrió los ojos a la verdad contenida en las Escrituras, reavivó su esperanza y se reveló a sí mismo a ellos en la fracción del pan (cf. *Mane nobiscum Domine*, 1). El os acompaña también cuando guiáis a vuestro pueblo a lo largo del camino del seguimiento de Cristo. Renovad vuestra confianza en él. Abridle vuestro corazón. Pedidle, en unión con toda la Iglesia en el mundo: "*Mane nobiscum, Domine*".

Encomendándoos a vosotros y a vuestros sacerdotes, diáconos, religiosos y fieles laicos a la intercesión de María, Mujer de la Eucaristía, de corazón os imparto mi bendición apostólica como prenda de gracia y fortaleza en su Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Benedicto XVI
Discurso a los Obispos de Sri Lanka en visita "Ad Limina"
7 de mayo de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

DICIEMBRE

DICIEMBRE

Para que, frente a la creciente expansión de la cultura de la violencia y de la muerte, la Iglesia, por medio de sus actividades apostólicas y misioneras, promueva con valentía la cultura de la vida.

(...)

Sí, el bautismo inserta en la comunión con Cristo y así da vida, la vida. Así hemos interpretado el primer diálogo que hemos tenido aquí, en el umbral de la capilla Sixtina. Ahora, después de la bendición del agua, seguirá un segundo diálogo, de gran importancia. El contenido es este: el bautismo - como hemos visto - es un don, el don de la vida. Pero un don debe ser acogido, debe ser vivido. Un don de amistad implica un "sí" al amigo e implica un "no" a lo que no es compatible con esta amistad, a lo que es incompatible con la vida de la familia de Dios, con la vida verdadera en Cristo.

Así, en este segundo diálogo, se pronuncian tres "no" y tres "sí". Se dice "no", renunciando a las tentaciones, al pecado, al diablo. Esto lo conocemos bien, pero, tal vez precisamente porque hemos escuchado demasiadas veces estas palabras, ya no nos dicen mucho. Entonces debemos profundizar un poco en los contenidos de estos "no". ¿A qué decimos "no"? Sólo así podemos comprender a qué queremos decir "sí".

En la Iglesia antigua estos "no" se resumían en una palabra que para los hombres de aquel tiempo era muy comprensible: se renuncia - así decían - a la "pompa diaboli", es decir, a la promesa de vida en abundancia, de aquella apariencia de vida que parecía venir del mundo pagano, de sus libertades, de su modo de vivir sólo según lo que agradaba. Por tanto, era un "no" a una cultura de aparente abundancia de vida, pero que en realidad era una "anticultura" de la muerte. Era el "no" a los espectáculos donde la muerte, la crueldad, la violencia se habían transformado en

diversión. Pensemos en lo que se realizaba en el Coliseo o aquí, en los jardines de Nerón, donde se quemaba a los hombres como antorchas vivas. La crueldad y la violencia se habían transformado en motivo de diversión, una verdadera perversión de la alegría, del verdadero sentido de la vida. Esta "pompa diaboli", esta "anticultura" de la muerte era una perversión de la alegría; era amor a la mentira, al fraude; era abuso del cuerpo como mercancía y como comercio.

Y ahora, si reflexionamos, podemos decir que también en nuestro tiempo es necesario decir un "no" a la cultura de la muerte, ampliamente dominante. Una "anticultura" que se manifiesta, por ejemplo, en la droga, en la huida de lo real hacia lo ilusorio, hacia una felicidad falsa que se expresa en la mentira, en el fraude, en la injusticia, en el desprecio del otro, de la solidaridad, de la responsabilidad con respecto a los pobres y los que sufren; que se expresa en una sexualidad que se convierte en pura diversión sin responsabilidad, que se transforma en "cosificación" - por decirlo así - del hombre, al que ya no se considera persona, digno de un amor personal que exige fidelidad, sino que se convierte en mercancía, en un mero objeto. A esta promesa de aparente felicidad, a esta "pompa" de una vida aparente, que en realidad sólo es instrumento de muerte, a esta "anticultura" le decimos "no", para cultivar la cultura de la vida. Por eso, el "sí" cristiano, desde los tiempos antiguos hasta hoy, es un gran "sí" a la vida. Este es nuestro "sí" a Cristo, el "sí" al vencedor de la muerte y el "sí" a la vida en el tiempo y en la eternidad.

Del mismo modo que en este diálogo bautismal el "no" se articula en tres renunciaciones, también el "sí" se articula en tres adhesiones: "sí" al Dios vivo, es decir, a un Dios creador, a una razón creadora que da sentido al cosmos y a nuestra vida; "sí" a Cristo, es decir, a un Dios que no permaneció oculto, sino que tiene un nombre, tiene palabras, tiene cuerpo y sangre; a un Dios concreto que nos da la vida y nos muestra el camino de la vida; "sí" a la

comuni3n de la Iglesia, en la que Cristo es el Dios vivo, que entra en nuestro tiempo, en nuestra profesi3n, en la vida de cada d3a. Podr3amos decir tambi3n que el rostro de Dios, el contenido de esta cultura de la vida, el contenido de nuestro gran "s3", se expresa en los diez Mandamientos, que no son un paquete de prohibiciones, de "no", sino que presentan en realidad una gran visi3n de vida. Son un "s3" a un Dios que da sentido al vivir (los tres primeros mandamientos); un "s3" a la familia (cuarto mandamiento); un "s3" a la vida (quinto mandamiento); un "s3" al amor responsable (sexto mandamiento); un "s3" a la solidaridad, a la responsabilidad social, a la justicia (s3ptimo mandamiento); un "s3" a la verdad (octavo mandamiento); un "s3" al respeto del otro y de lo que le pertenece (novenos y d3cimo mandamientos).

Esta es la filosof3a de la vida, es la cultura de la vida, que se hace concreta, practicable y hermosa en la comuni3n con Cristo, el Dios vivo, que camina con nosotros en compa3a de sus amigos, en la gran familia de la Iglesia. El bautismo es don de vida. Es un "s3" al desaf3o de vivir verdaderamente la vida, diciendo "no" al ataque de la muerte, que se presenta con la m3scara de la vida; y es un "s3" al gran don de la verdadera vida, que se hizo presente en el rostro de Cristo, el cual se nos dona en el bautismo y luego en la Eucarist3a.

Esto lo he dicho como breve comentario a las palabras que en el di3logo bautismal interpretan lo que se realiza en este sacramento. Adem3s de las palabras, tenemos los gestos y los s3mbolos; los indicar3 muy brevemente. El primer gesto ya lo hemos realizado: es el signo de la cruz, que se nos da como escudo que debe proteger a este ni3o en su vida; es como una "se3alizacion" en el camino de la vida, porque la cruz es el resumen de la vida de Jes3s.

Luego est3n los elementos: el agua, la unci3n con el 3leo, el vestido blanco y la llama de la vela. El agua es s3mbolo de la vida: el bautismo es vida nueva en Cristo. El 3leo es s3mbolo de la fuerza, de

la salud, de la belleza, porque realmente es bello vivir en comunión con Cristo. El vestido blanco es expresión de la cultura de la belleza, de la cultura de la vida. Y, por último, la llama de la vela es expresión de la verdad que resplandece en las oscuridades de la historia y nos indica quiénes somos, de dónde venimos y a dónde debemos ir.

Queridos padrinos y madrinas, queridos padres, queridos hermanos, demos gracias hoy al Señor porque Dios no se esconde detrás de las nubes del misterio impenetrable, sino que, como decía el evangelio de hoy, ha abierto los cielos, se nos ha mostrado, habla con nosotros y está con nosotros; vive con nosotros y nos guía en nuestra vida. Demos gracias al Señor por este don y pidamos por nuestros niños, para que tengan realmente la vida, la verdadera vida, la vida eterna. Amén.

Benedicto XVI
Santa Misa y Administración del Sacramento del Bautismo
8 de enero de 2006
© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa de la Noche de Navidad (MR).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: El pueblo que caminaba en las tinieblas vio una gran luz: Is 9,1-6.

Salmo responsorial: Cantad al Señor un canto nuevo: Sal 96 (95).

Segunda lectura: Se manifestó la gracia salvadora de Dios para todos los hombres: Tt 2,11-14.

Evangelio: Hoy os ha nacido el Salvador: Lc 2,1-14.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿A qué fuerzas negativas estamos expuestos en el mundo de hoy?
2. ¿De qué fuerzas positivas disponemos nosotros para resistir?
3. ¿De qué forma venció Jesús el mal con el bien?

ORACION - MEDITACION

Dios es amor

1. "Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él" (1Jn 4,16). Estas palabras de la *Primera carta de Juan* expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: "Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él".

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: "Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna" (cf. 3,16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del *Libro del Deuteronomio* que, como

bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: "Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas" (6,4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el *Libro del Levítico*: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (19,18; cf. Mc 12,29-31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo un "mandamiento", sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro.

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás. Quedan así delineadas las dos grandes partes de esta Carta, íntimamente relacionadas entre sí. La primera tendrá un carácter más especulativo, puesto que en ella quisiera precisar - al comienzo de mi pontificado - algunos puntos esenciales sobre el amor que Dios, de manera misteriosa y gratuita, ofrece al hombre y, a la vez, la relación intrínseca de dicho amor con la realidad del amor humano. La segunda parte tendrá una índole más concreta, pues tratará de cómo cumplir de manera eclesial el mandamiento del amor al prójimo. El argumento es sumamente amplio; sin embargo, el propósito de la Encíclica no es ofrecer un tratado exhaustivo. Mi deseo es insistir sobre algunos elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino.

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est"
25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

INTENCION MISIONERA

Para que los cristianos, especialmente en los Países de misión, por medio de gestos concretos de fraternidad, muestren que el Niño nacido en la gruta de Belén es la luminosa esperanza del mundo.

¡"Nuestro Salvador ha nacido en el mundo"! (Misal Romano). Esta noche, una vez más, hemos escuchado en nuestras Iglesias este anuncio que, a través de los siglos, conserva inalterado su frescor. Es un anuncio celestial que invita a no tener miedo porque ha brotado una "gran alegría para todo el pueblo" (Lc 2,10). Es un anuncio de esperanza porque da a conocer que, en aquella noche de hace más de dos mil años, "en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor" (Lc 2,11). Entonces, a los pastores acampados en la colina de Belén; hoy, a nosotros, habitantes de este mundo nuestro, el Angel de la Navidad repite: "Ha nacido el Salvador; ha nacido para vosotros. ¡Venid, venid a adorarlo!".

Pero, ¿tiene todavía valor y sentido un "Salvador" *para el hombre del tercer milenio*? ¿Es aún necesario un "Salvador" para el hombre que ha alcanzado la Luna y Marte, y se dispone a conquistar el universo; para el hombre que investiga sin límites los secretos de la naturaleza y logra descifrar hasta los fascinantes códigos del genoma humano? ¿Necesita un Salvador el hombre que ha inventado la comunicación interactiva, que navega en el océano virtual de *internet* y que, gracias a las más modernas y avanzadas tecnologías mediáticas, ha convertido la Tierra, esta gran casa común, en una pequeña aldea global? Este hombre del siglo veintiuno, artífice autosuficiente y seguro de la propia suerte, se presenta como productor entusiasta de éxitos indiscutibles. Lo parece, pero no es así. Se muere todavía de hambre y de sed, de enfermedad y de pobreza en este tiempo de abundancia y de consumismo desenfrenado. Todavía hay quienes están esclavizados, explotados y ofendidos en su dignidad, quienes son víctimas del

odio racial y religioso, y se ven impedidos de profesar libremente su fe por intolerancias y discriminaciones, por ingerencias políticas y coacciones físicas o morales. Hay quienes ven su cuerpo y el de los propios seres queridos, especialmente niños, destrozado por el uso de las armas, por el terrorismo y por cualquier tipo de violencia en una época en que se invoca y proclama por doquier el progreso, la solidaridad y la paz para todos. ¿Qué se puede decir de quienes, sin esperanza, se ven obligados a dejar su casa y su patria para buscar en otros lugares condiciones de vida dignas del hombre? ¿Qué se puede hacer para ayudar a los que, engañados por fáciles profetas de felicidad, frágiles en sus relaciones e incapaces de asumir responsabilidades estables ante su presente y ante su futuro, se encaminan por el túnel de la soledad y acaban frecuentemente esclavizados por el alcohol o la droga? ¿Qué se puede pensar de quien elige la muerte creyendo que ensalza la vida?

¿Cómo no darse cuenta de que, precisamente desde el fondo de esta humanidad placentera y desesperada, surge una desgarradora petición de ayuda? Es Navidad: hoy entra en el mundo "la luz verdadera, que alumbra a todo hombre" (Jn 1,9). "La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros" (*ibíd.* 1,14), proclama el evangelista Juan. Hoy, Cristo viene de nuevo "entre los suyos" y a quienes lo acogen les da "poder para ser hijos de Dios"; es decir, les ofrece la oportunidad de ver la gloria divina y de compartir la alegría del Amor, que en Belén se ha hecho carne por nosotros. Hoy, también hoy, "nuestro Salvador ha nacido en el mundo", porque sabe que lo necesitamos. A pesar de tantas formas de progreso, el ser humano es el mismo de siempre: *una libertad tensa entre bien y mal, entre vida y muerte*. Es precisamente en su intimidad, en lo que la Biblia llama el "corazón", donde *siempre* necesita ser salvado. Y en la época actual postmoderna necesita quizás aún más un Salvador, porque la sociedad en la que vive se ha vuelto más compleja y se han hecho más insidiosas las amenazas para su integridad personal y moral. ¿Quién puede defenderlo sino Aquél que lo ama hasta sacrificar en la cruz a su Hijo unigénito como Salvador del mundo?

"*Salvator noster*", Cristo es también el Salvador del hombre de hoy. ¿Quién hará resonar en cada rincón de la Tierra de manera creíble este mensaje de esperanza? ¿Quién se ocupará de que, como condición para la paz, se reconozca, tutela y promueva el bien integral de la persona humana, respetando a todo hombre y toda mujer en su dignidad? ¿Quién ayudará a comprender que con buena voluntad, razonabilidad y moderación, no sólo se puede evitar que los conflictos se agraven, sino llevarlos también hacia soluciones equitativas? En este día de fiesta, pienso con gran preocupación en la región del *Oriente Medio*, probada por numerosos y graves conflictos, y espero que se abra a una perspectiva de paz justa y duradera, respetando los derechos inalienables de los pueblos que la habitan. Confío al divino Niño de Belén los indicios de una reanudación del diálogo entre israelitas y palestinos que hemos observado estos días, así como la esperanza de ulteriores desarrollos reconfortantes. Confío en que, después de tantas víctimas, destrucciones e incertidumbres, reviva y progrese un *Líbano* democrático, abierto a los demás, en diálogo con las culturas y las religiones. Hago un llamamiento a los que tienen en sus manos el destino de *Irak*, para que cese la feroz violencia que ensangrienta el País y se asegure una existencia normal a todos sus habitantes. Invoco a Dios para que en *Sri Lanka*, en las partes en lucha, se escuche el anhelo de las poblaciones de un porvenir de fraternidad y solidaridad; para que en *Darfur* y en toda *Africa* se ponga término a los conflictos fratricidas, cicatricen pronto las heridas abiertas en la carne de ese Continente y se consoliden los procesos de reconciliación, democracia y desarrollo. Que el Niño Dios, Príncipe de la paz, haga que se extingan los focos de tensión que hacen incierto el futuro de otras partes del mundo, tanto en *Europa* como en *Latinoamérica*.

"*Salvator noster*": Esta es nuestra esperanza; este es el anuncio que la Iglesia hace resonar también en esta Navidad. Con la encarnación, recuerda el Concilio Vaticano II, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22). Por

eso, puesto que la Navidad de la Cabeza es también el nacimiento del cuerpo, como enseñaba el Pontífice san León Magno, podemos decir que en Belén ha nacido el pueblo cristiano, cuerpo místico de Cristo en el que cada miembro está unido íntimamente al otro en una total solidaridad. *Nuestro* Salvador ha nacido para todos. Tenemos que proclamarlo no sólo con las palabras, sino también con toda nuestra vida, dando al mundo el testimonio de comunidades unidas y abiertas, en las que reina la hermandad y el perdón, la acogida y el servicio recíproco, la verdad, la justicia y el amor.

Comunidad salvada por Cristo. Esta es la verdadera naturaleza de la Iglesia, que se alimenta de su Palabra y de su Cuerpo eucarístico. Sólo redescubriendo el don recibido, la Iglesia puede testimoniar a todos a Cristo Salvador; hay que hacerlo con entusiasmo y pasión, en el pleno respeto de cada tradición cultural y religiosa; y hacerlo con alegría, sabiendo que Aquél a quien anuncia *nada quita de lo que es auténticamente humano*, sino que lo lleva a su cumplimiento. En verdad, Cristo viene a destruir solamente el mal, sólo el pecado; lo demás, todo lo demás, lo eleva y perfecciona. Cristo no nos pone a salvo *de* nuestra humanidad, sino *a través* de ella; no nos salva *del* mundo, sino que ha venido *al* mundo para que el mundo se salve por medio de El (cf. Jn 3,17).

Queridos hermanos y hermanas, dondequiera que os encontréis, que llegue hasta vosotros este mensaje de alegría y de esperanza: *Dios se ha hecho hombre en Jesucristo*; ha nacido de la Virgen María y renace hoy en la Iglesia. El es quien lleva a todos el amor del Padre celestial. ¡*El es el Salvador del mundo!* No temáis, abridle el corazón, acogedlo, para que su Reino de amor y de paz se convierta en herencia común de todos. ¡Feliz Navidad!

Benedicto XVI

Mensaje Urbi et Orbi, 25 de diciembre de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana